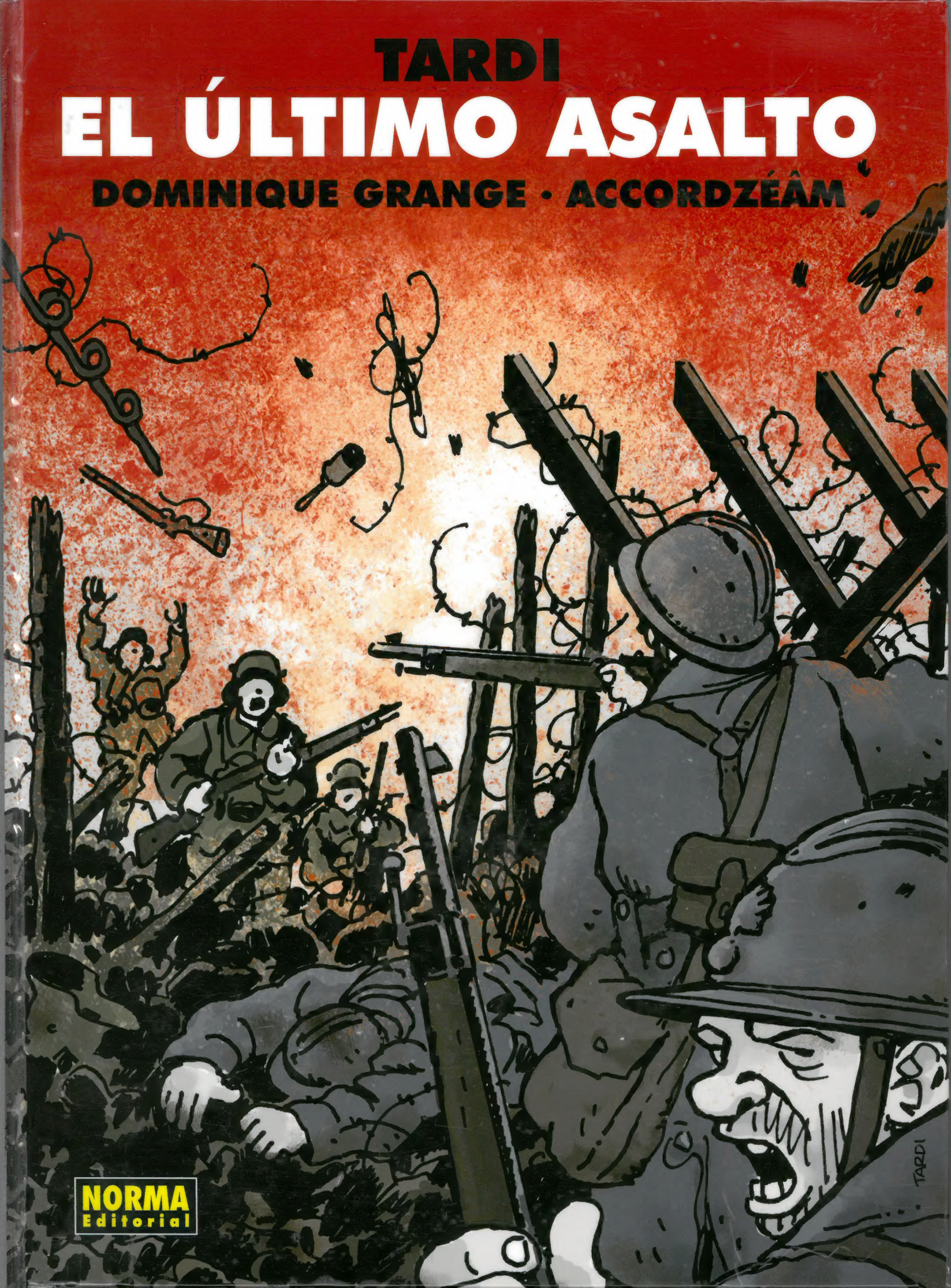
TARDI

EL ÚLTIMO ASALTO

DOMINIQUE GRANGE · ACCORDZÉÂM



NORMA Editorial

EL ÚLTIMO ASALTO

PREÁMBULO

El libro que tienes en las manos no existiría sin el disco que lo acompaña.
Del mismo modo, el CD que estás a punto de introducir en el equipo de música no se habría grabado
si antes no se hubiese realizado el cómic que te dispones a leer.

Los dos proyectos son tan indisociables como sus autores, pues en su vida privada,
igual que previamente en su faceta creativa, Dominique Grange y Tardi forman un tándem artístico, rebelde y sentimental.
Desde hace varios decenios comparten un mismo fervor por expresar mediante las palabras, la música y el dibujo su indignación ante las injusticias y la explotación del hombre a manos del hombre, tanto en tiempos de paz como en tiempos de guerra. Mediante su compromiso y sus respectivas expresiones artísticas, Dominique Grange (conocida como «Dom») y Tardi (conocido como «Tardi»), demuestran que se puede ser pacifista y rabioso al mismo tiempo. Este libro y este disco, acompañados por las orquestaciones del grupo Accordzéâm, demuestran la urgencia y la necesidad de una sublevación contra todas las formas de masacre que los seres humanos se infligen los unos a los otros, de generación en generación, desde la noche de los tiempos.

Benoît MOUCHART

A los animales muertos por Francia.

EL ÚLTIMO ASALTO, de Tardi
Título original: *Le dernier assaut*
Primera edición: Febrero de 2017

© 2016, Casterman, by Tardi
© 2017, Norma Editorial por la edición en castellano
Passeig de Sant Joan, 7 – 08010 Barcelona
Tel.: 93 303 68 20 – Fax: 93 303 68 31
E-mail: norma@normaeditorial.com

Traducción: Diego de los Santos
Rotulación: Jotaeme
Realización Técnica: Norma Editorial
ISBN: 978-84-679-2525-8
Depósito legal: B-21739-2016
Impreso en la UE

Facebook: **NormaEditorial**
Twitter: **@NormaEditorial**
Instagram: **norma_editorial**

www.NormaEditorial.com
www.NormaEditorial.com/blog
www.casterman.com

Consulta los puntos de venta de nuestras publicaciones en www.normaeditorial.com/librerias
Servicio de venta por correo: tel. 932 448 125 – correo@normaeditorial.com – www.normaeditorial.com/correo

TARDI

EL ÚLTIMO ASALTO

DOMINIQUE GRANGE · ACCORDZÉÂM

Color: Jean-Luc Ruault
Fotografías: Anaëlle Trumka

NORMA Editorial

Esto ya dura dos años, y no hay nada que haga pensar que se acerca el fin de los combates.
En ambos bandos hay hombres agotados, enfangados en las tumbas que ellos mismos han cavado, aplicados en matarse los unos a los otros metódicamente.
No hay peor guerra que una guerra de trincheras que se eterniza.

Es inútil que corras, ¡ya estás muerto!

Desde que se ha hecho de noche, los boches están sospechosamente callados en sus ratoneras. Qué inquietante. Seguro que los muy cabrones preparan uno de esos golpes bajos a los que nos tienen acostumbrados. Por eso os han enviado a Grumeau y a ti para ver qué traman. Zzzz... ¡clac! Has visto el cráneo de Grumeau saltar en mil pedazos. Una bala perdida... ¿francesa, tal vez?

Fffff... glo glo glo glo... ¡Buuum! Es el rápido de la 1.30. Siempre puntual. Los bávaros de ahí enfrente no se cansan. ¡A los muy capullos aún les divierte!

Mientras tanto, te has perdido en la noche. Ya no sabes de dónde venías. Sin embargo, no es el primer paseo que te das entre líneas... ¡Mierda! No reconoces nada... todo se parece. ¡Si hasta podrías estar adentrándote como un imbécil en territorio boche!

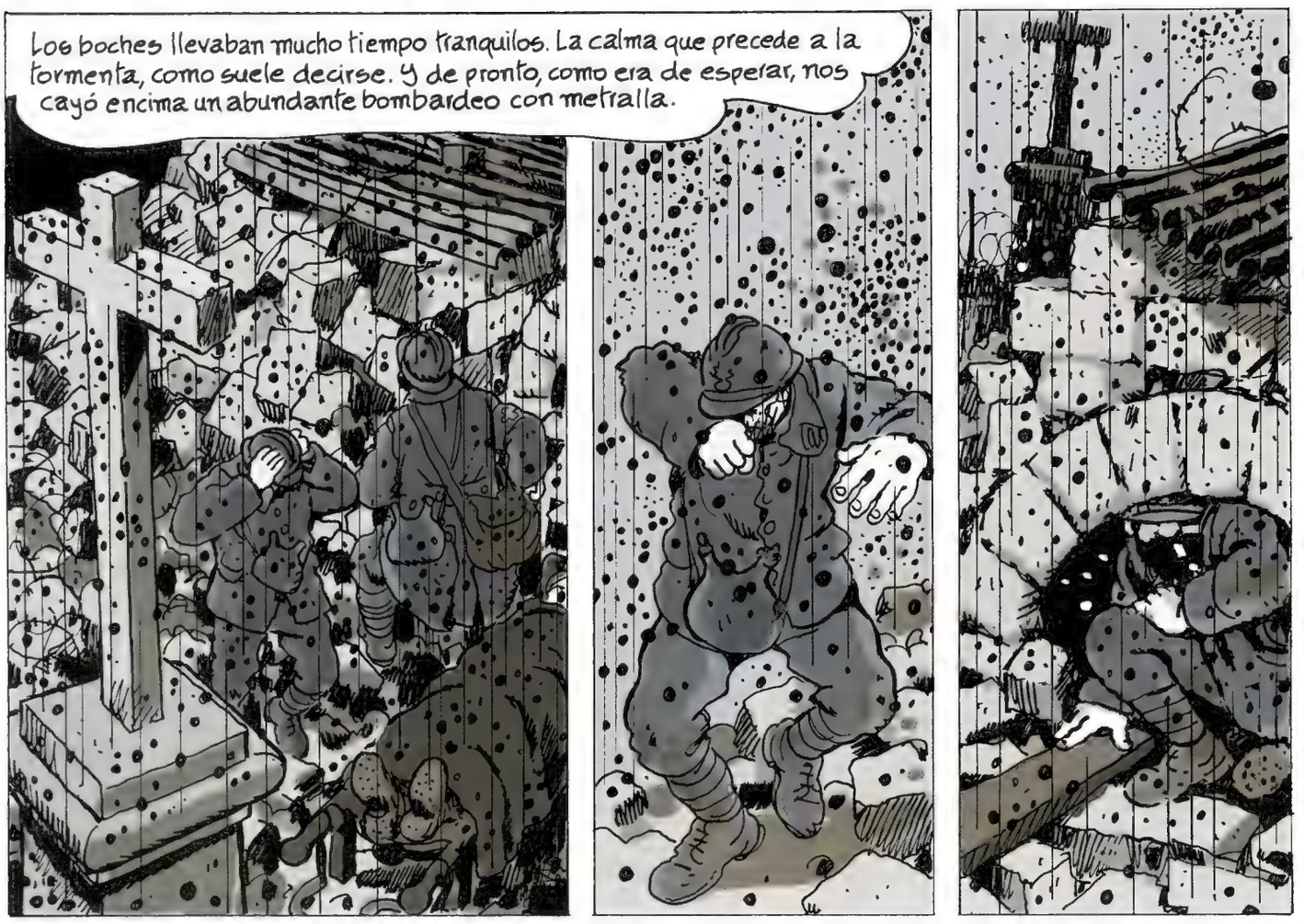
Tac... tac... tac... ¡Lo que faltaba!

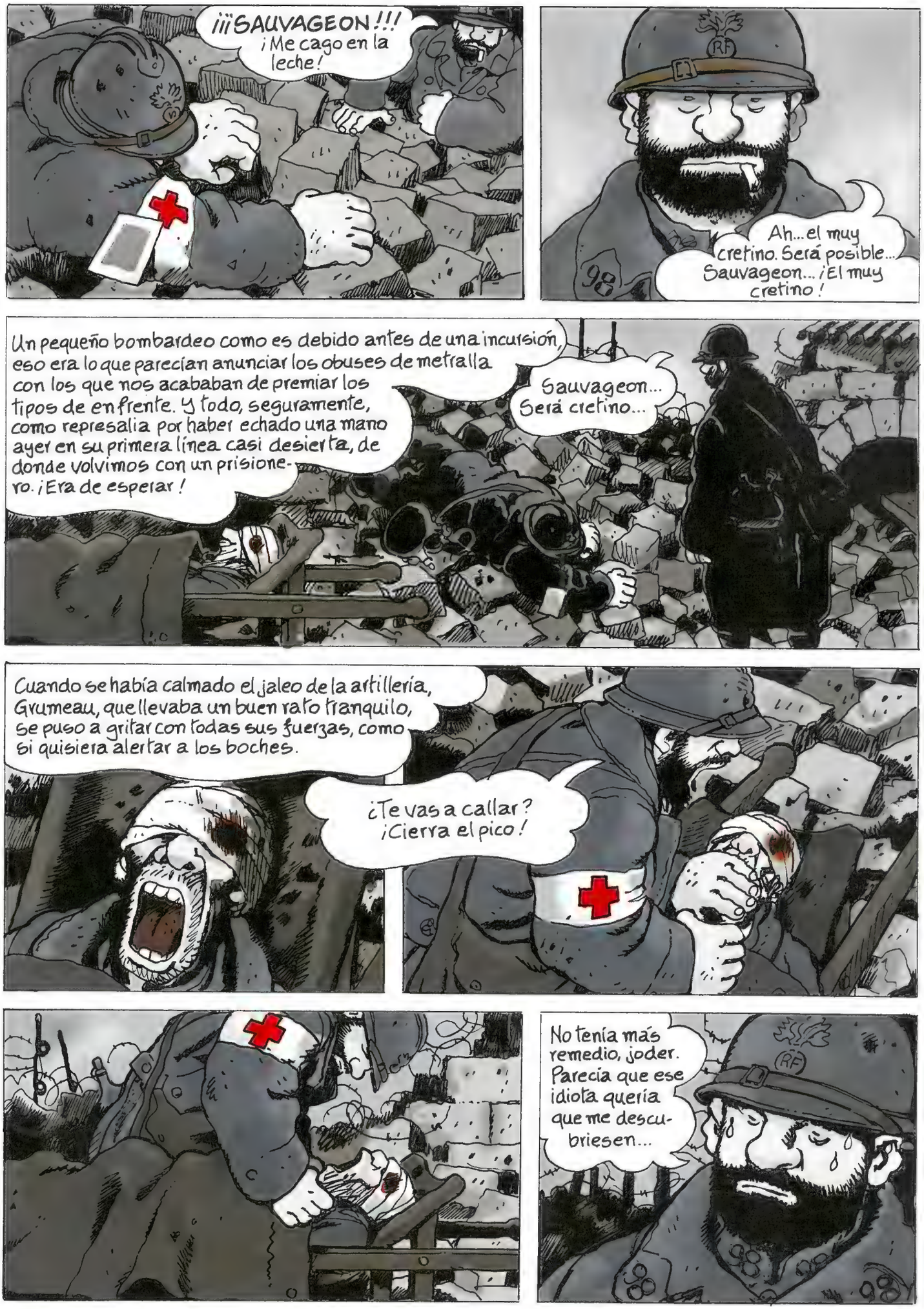
AAAA
AAAA...
¡Otro que acaba de estirar la pata!
?
Ya no se oye la máquina de coser... ¡Se acabó!
¡Qué pena! Una música tan bonita... TAC TAC TAC

Estos dos pasmarotes, enfangados en el Somme desde hace tres meses, con un regimiento de británicos a la izquierda (algo que no es agradable), unos compatriotas agotados a la derecha, y los boches enfrente (algo directamente desagradable), pueden asegurar que están en el infierno.
El barbudo se llama Mathurin. El otro, Sauvageon. Ambos son camilleros del 98.º R.I. El tipo al que acarrean en la camilla es Grumeau.
Marcel Grumeau está malherido. Una bala le ha atravesado la cabeza. Le ha entrado por un ojo y le ha destrozado la chaveta antes de salir por el occipucio. ¡Más le habría valido palmarla en el acto!
Mathurin y Sauvageon han ido a desenganchar lo de la alambrada porque sus gritos les crispaban los nervios a todos. Pero Grumeau ha cerrado el pico hace un rato.
Del gaznate ya solo le sale un estertor apenas audible. Seguro que estira la pata dentro de poco. ¿De qué sirve transportarlo hasta el puesto de socorro? ¡Anda que no pesa el tal Grumeau!

Ya estoy harto. No puedo más con la espalda. ¡Vamos a tomarnos un respiro! Viendo cómo está el inválido, no le va a suponer un gran cambio. ¿Qué dices, viejo?
Nos liamos un pitillo a la salida del túnel, donde la cruz de Jesús.
¿Te das cuenta? Antes aquí había un pueblucho con su buena gente. Desangraban a sus conejos, degollaban a sus cerdos, les daban puntapiés a los perros y ahogaban a los gatos.
¡No digas tonterías!
Aquí mismo. ¡Así no nos ven los boches! ¿Un trago de aguardiente?
¿Tú crees?
¿En qué?

¡En él!
¿Me tomas el pelo, Sauvageon?
Yo a veces creo y a veces no...
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS PROTECTOR DE LOS SOLDADOS
...por eso siempre lo llevo encima. No pide pan.
¡Eres supersticioso!
¡Yo también!


Los boches llevaban mucho tiempo tranquilos. La calma que precede a la tormenta, como suele decirse. Y de pronto, como era de esperar, nos cayó encima un abundante bombardeo con metralla.


¡¡¡SAUVAGEON!!!
¡Me cago en la leche!
Ah... el muy cretino. Será posible... Sauvageon... ¡El muy cretino!
Un pequeño bombardeo como es debido antes de una incursión, eso era lo que parecían anunciar los obuses de metralla con los que nos acababan de premiar los tipos de enfrente. Y todo, seguramente, como represalia por haber echado una mano ayer en su primera línea casi desierta, de donde volvimos con un prisionero. ¡Era de esperar!
Sauvageon... Será cretino...
Cuando se había calmado el jaleo de la artillería, Grumeau, que llevaba un buen rato tranquilo, se puso a gritar con todas sus fuerzas, como si quisiera alertar a los boches.
¿Te vas a callar? ¡Cierra el pico!
No tenía más remedio, joder. Parecía que ese idiota quería que me descubriesen...

Eh... ¡Aquí!
?
Me han visto... Seguro que me han visto...
Mueve el culo y ven rápido. Los boches no andan lejos. Ven, aquí hay un buen fuego y agua corriente.
Pareces nervioso, amigo... Tienes cara de no tener la conciencia tranquila...
Este cabrón va a denunciarme sin dudarlo. Me espera el paredón.
¿Me equivoco?
¡Mira qué les han hecho a mis negros!

Después de todo lo que Francia les ha dado, es normal que nos echen una mano, ¿no?

¡Es el impuesto de la sangre! La sangre negra tiene que evitar que se derrame sangre blanca. Aunque no se les considera franceses de verdad, ahí están, en primera línea, dando la cara por Francia. ¡Eso sí que es bonito!
Ya lo sé... Ya lo sé...

¡Tendrías que haber visto qué felices eran cruzando el mar en la bodega de un barco enorme para venir hasta aquí a ayudarnos! ¡Eran como niños a los que llevan a la Place de la Nation, al puesto de tiro al blanco de la "Foire au pain d'épices"!

Entre esta carne de cañón de primera calidad había Toucouleurs, Kassonkés, bambaras no muy listos, pero valientes, mandingas aún menos inteligentes, un poco más oscuros y fetichistas, mossis muy forzudos que, hasta hace poco, seguían siendo antropófagos... ¡y ahora van a misa!

Tras un buen adiestramiento, todos esos negros se convierten en buenos soldaditos. Habríamos hecho mal en no utilizar a esos salvajes para matar a otros... de otra raza.

¡Es la "Fuerza negra" del general MANGIN, camillero de los cojones!

La sangre negra tiene que evitar que se derrame sangre blanca...

AAA ¡Joder! Estoy muy mal. ¡Mierda!

¿A qué esperas para estirar la pata, cabronazo?

Estos leales y entregados soldaditos indígenas daban la sangre con mucho gusto, con alegría y buen humor. La daban altruistamente por Francia, "que tanto había hecho por ellos". No podían saber que, unos veinte años después, otra guerra llevaría a sus hijos a la primera línea en las mismas regiones embarradas, y que ellos también darían sin dudarlo su vida por Francia, gran bebedora de sangre negra.

Tras la "Fuerza negra" estuvo "Die Schwarze schande", la "vergüenza negra" durante la ocupación de Renania en los años veinte por las tropas malgaches, magrebíes y senegalesas. "Francia, que presume de defender la civilización, ha encargado a unos salvajes que hagan la guerra por ella... y luego dicen que los bárbaros somos nosotros, los alemanes... ¡Qué exageración!".

A esos "salvajes" los acusaron sin razón de violaciones y atropellos de todo tipo, y de contagiar la sífilis, la tuberculosis y la escarlatina a los pobres teutones... Esta campaña de difamación se dirige sobre todo a los americanos. "Vosotros también tenéis 'negros' en vuestro país, así que sabéis de sobra de qué hablamos". Las autoridades francesas, ya muy proclives a capitular, retiraron a los senegaleses de Renania y, de este modo, prácticamente dieron la razón a los alemanes.

En 1940, los soldaditos senegaleses serán llevados valientemente a la derrota por el Invencible Ejército francés. Vencidos, algunos serán ejecutados sumariamente por la Wehrmacht.

Otros serán retenidos en campos de prisioneros en Francia, ya que los alemanes no los querían en el territorio del "Gran Reich" debido a las enfermedades tropicales mortales. Los nazis recuperarán con fuerza el tema de la "vergüenza negra" y los soldaditos no pisarán el suelo de la "raza de los señores"... ni siquiera en calidad de esclavos.

Francia, colonia alemana durante toda la guerra, será liberada en 1944 y los soldaditos repatriados al A.O.F. para ser desmovilizados allí. En el campo de Thiaroye, cerca de Dakar, reclaman la regulación de su sueldo de cautividad y de sus pensiones... Era una deuda pendiente. "¡Es un motín!", dirán los mandos militares.

Las ametralladoras ante las que los reagruparon abren fuego. Oficialmente, 35 soldaditos asesinados por Francia, país de los Derechos del hombre, pero quizá fueran diez veces más, pues desaparecieron unos 399. ¡Un crimen de Estado, sin ninguna duda!

Pero esos "niños grandes negros" crecieron. La Francia "colaboracionista" perdió su prestigio durante la Segunda Guerra Mundial. Se acabó "el buen soldadito senegalés" al que se podía explotar hasta la saciedad. Los tiempos cambian.

¡No irás a llorar por esos morenos! ¡Les han reventado la cabeza sin que llegasen a entender la que les estaba cayendo encima!

Me dirás... que sin amuleto, no es fácil pasar entre los obuses. ¡Además, no hay manera de resguardarse en esta trinchera de mierda! Mmm...

¡Todos Kaput! Mmm... Mmm... Acabo de cagarme en los pantalones. Qué peste a mierda... Uno de estos salvajes me ha rajado el vientre con la bayoneta.

A

¿Cómo? ¿Cómo? ¿Cómo? ¡No entiendo nada!

AAA

Reivindicando su justo derecho a la autodeterminación de los pueblos, los países del segundo imperio colonial más grande del mundo, Francia, lucharán contra ella en guerras de liberación nacional para reconquistar su independencia.

"¡Mal jefe! ¡No buen sitio!", decían esos primates. "¡Mal jefe! ¡No buena trinchera! ¡Marchar rápido!".

¡Tal vez no se equivocaban!

¿Y yo, qué? ¿Quién manda aquí? Le he dado su merecido a uno pegándole un tiro en plena jeta. De pronto, otro me ha... mmm... rajado el vientre. ¡Mis tripas han hecho la maleta! ¿Dónde está el puesto de socorro? ¡Tú tienes que saberlo!

Demasiado tarde. Morirá como un héroe y le darán una medalla. Y los senegaleses, a la fosa común. ¡Viva Francia!

¿Te estás haciendo el valiente? ¡No deberías, camillero de los cojones! ¡Te he visto liquidar a ese herido que gritaba en la camilla! ¡Te he visto, cabronazo! ¡No ha estado bien eso que has hecho! ¡Te espera el paredón! Mmm... ¡Te ha tocado el gordo, hijo de puta!

¡Has matado a un herido!
¡Escoria! ¡Asesino! ¿Acaso no es verdad? ¡Te he visto! ¡Doce balas! ¡Doce balas! ¡Dame tu cartilla, es una orden!
Después de todo lo que acabo de oír, tengo la certeza de que es usted una mierda, mi capitán. ¿Me equivoco?
Vimos bengalas de señales que pedían fuego de contención. Los boches intentaban salir del atolladero.
A nuestra espalda, nuestra artillería también lanzó toneladas de obuses sobre su línea de salida.

Claro que, durante nuestras ofensivas, los alemanes nos devolvían el cumplido. Mientras tanto, su artillería participaba en el baile, y la de los británicos, también.

¡En aquel caos infernal, los obuses siempre acababan cayéndonos encima! Nos enterraban, nos aplastaban, nos sepultaban. La metralla nos cercenaba, nos mutilaba para siempre...

...su aliento abrasador nos lanzaba contra las paredes de nuestras madrigueras, nos aturdía, nos tiraba al barro, en el fondo del refugio cuyo suelo temblaba mientras el techo se derrumbaba sobre unos hombres aterrorizados, locos de rabia y temblorosos por la imposibilidad de actuar, desplomados sobre los camastros que las ratas habían abandonado desde el comienzo de la ofensiva.

No teníamos demasiada confianza en la precisión de los que apuntaban, porque a menudo eran nuestros propios obuses los que nos pulverizaban.

A pesar de nuestro fuego de contención "devastador", aún quedaban alemanes que gozaban de buena salud... ¡salían de todas partes! Surgían de la tierra en pequeños grupos. No parecían nada simpáticos.

Corrían de un cráter de obús a otro, protegidos por un muro de fuego detrás del que se escondían. Su avance dependía de la intensidad y la cadencia de la avalancha de obuses que acudía rápidamente a nuestro encuentro mientras destruía las alambradas.

En este sector del frente, solo unos cientos de metros nos separaban de la primera línea alemana. Nosotros también nos apresuramos a intentar un importante bombardeo que nos impidió movernos... ¡Dejamos que nos cayese todo encima sin chistar!

Después de unos pesados preliminares de artillería, siempre pensábamos que no podía quedar un solo superviviente en las trincheras enemigas... pero solo era una falsa impresión, y no nos acostumbrábamos, porque seguían saliendo más y más hombres... aturdidos, asustados o rabiosos, ¡más decididos que nunca a matarte!

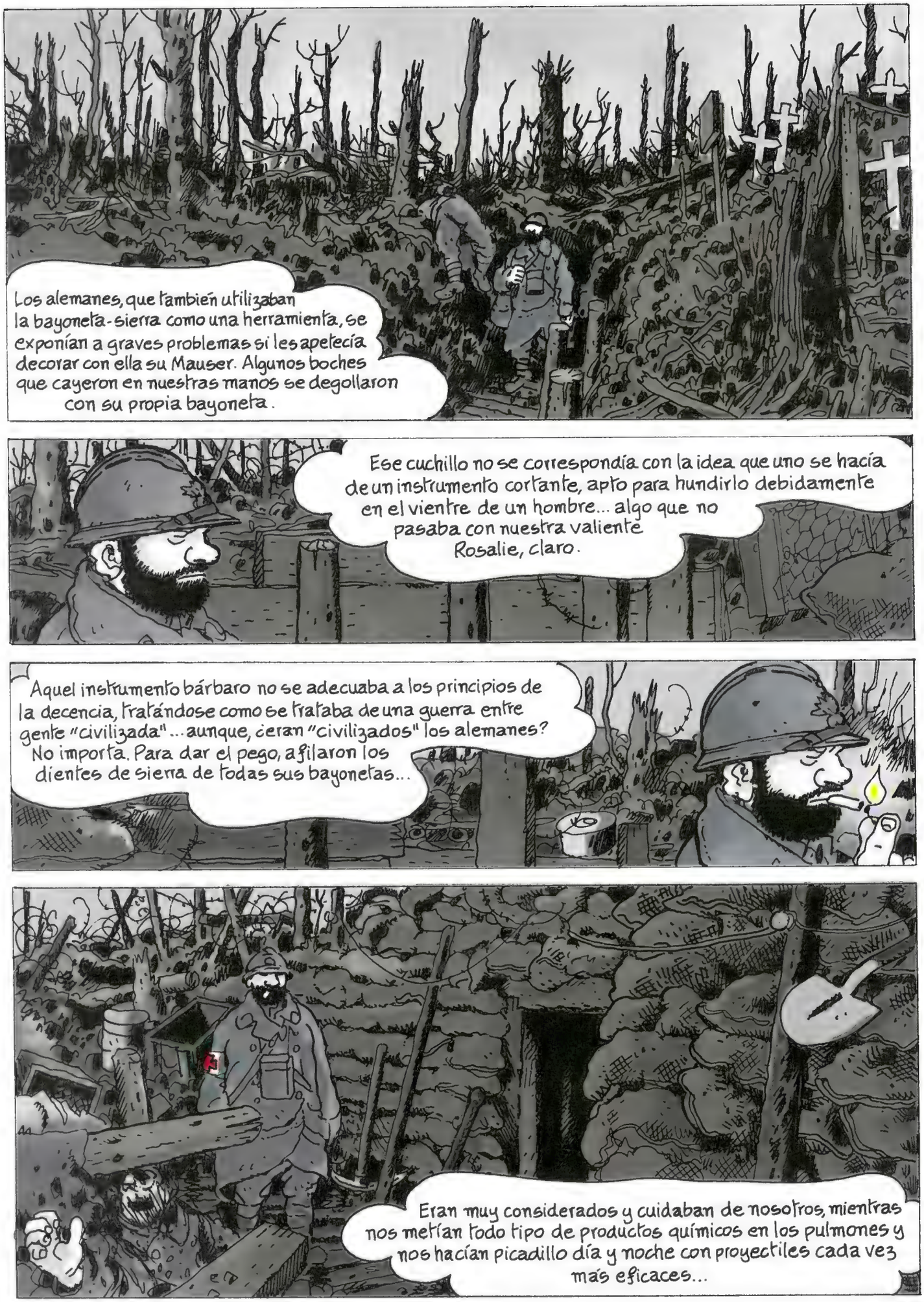
Salimos de nuestros refugios. ¡Ya era hora! Los boches entraron en masa en la trinchera.
Ni hablar de replegarse a la segunda línea. Esa orden solo podría haberla dado un superior preocupado por salvarles la vida a sus hombres. Pero a ninguno de nuestros superiores le preocupaba esas cosas. "¡Hay que defender la posición, idiotas!" "¡Los soldados que abandonen sus puestos serán pasados por las armas!

Nos abalanzamos sobre los tudescos en un alegre cuerpo a cuerpo. Era el tipo de combate que más temíamos. Al acabar el bombardeo, seguíamos matándonos los unos a los otros. ¡Ya no nos quedaba nada de humano!

No estábamos cómodos para darnos puñetazos en la cara según las reglas del arte, con estilo y elegancia. El fusil ya era pesado, voluminoso y largo, pero con la bayoneta calada parecía una caña de pescar. ¡Era imposible girarse sin ensartarnos los unos a los otros en el estrecho pasillo de la trinchera!

Nuestras palas, afiladas a conciencia, resultaban mucho más prácticas para reventar alemanes. Además, la bayoneta, larga y frágil, a veces se rompía dentro de algún vientre lleno de salchichas y, para extraerla, había que disparar a quemarropa sobre el ensartado con la esperanza de aprovechar el retroceso. En el caso de que el adversario no estuviera muerto, el corte en forma de cruz de la muy cerda infligía unas heridas horribles. ¡Menuda era Rosalie!
El "golpe de mano" de los alemanes había fracasado.
No habían contado con nuestra saña, y eso los había desconcertado. Les habíamos propinado con mucho gusto un buen puntapié en el culo y se replegaban a sus líneas con el trasero hecho un colador, muy desilusionados.
La alegría duró poco. Es verdad que hoy los hemos rechazado, pero sabemos que esos cabrones volverán para jodernos.

KAMARAD!
KAMARAD!
¿Kamarad...?
¿Kamarad?
KAMARAD!
¡Y una mierda Kamarad!
¿Has visto su monda-dientes?
¡Coge mi fusil y pásame el suyo!
¿Es que querías cortar leña para el invierno?
?
Da gusto por donde pasa, ¿eh, cabronazo?


Los alemanes, que también utilizaban la bayoneta-sierra como una herramienta, se exponían a graves problemas si les apetecía decorar con ella su Mauser. Algunos boches que cayeron en nuestras manos se degollaron con su propia bayoneta.
Ese cuchillo no se correspondía con la idea que uno se hacía de un instrumento cortante, apto para hundirlo debidamente en el vientre de un hombre... algo que no pasaba con nuestra valiente Rosalie, claro.
Aquel instrumento bárbaro no se adecuaba a los principios de la decencia, tratándose como se trataba de una guerra entre gente "civilizada"... aunque, ¿eran "civilizados" los alemanes? No importa. Para dar el pego, afilaron los dientes de sierra de todas sus bayonetas...
Eran muy considerados y cuidaban de nosotros, mientras nos metían todo tipo de productos químicos en los pulmones y nos hacían picadillo día y noche con proyectiles cada vez más eficaces...

Corroída por la herrumbre en antiguos campos de batalla había un montón de chatarra. Todo aquel material destruido, retorcido, agujereado, totalmente inutilizable, era algo positivo. Tantas pruebas de un trabajo considerable puesto al servicio de la destrucción masiva y el asesinato legalizado.

Habían bastado unos segundos para inutilizar unos mecanismos para los que habían sido necesarios años de estudio, de investigación, de experimentación, de una astucia considerable y de una inventiva criminal.

¡Menudo trasto! ¡Con esto, los chatarreros van a forrarse!

El camillero Mathurin avanzaba entre la hediondez de un monstruoso vertedero de basura, entre trozos de carne humana en descomposición y restos de acero.

Un pedazo de mortero como este debía de costar un buen fajo de billetes. ¡42 toneladas de acero fundido en una fábrica de Krupp! Estos monstruos ya habían pulverizado los indestructibles fuertes belgas al comienzo de la guerra. Era la graciosa "Bertha la Gorda" (el nombre de la hija de Krupp). ¿Bertha Krupp también estaría rechoncha? No era un cañón de este calibre el que debía disparar sobre París durante seis meses, al final de la guerra -eso era lo que podía leerse en los periodicuchos bien informados-, sino dos "Pariser Kanone" de 210 mm, también de Krupp, desde el bosque, a más de 100 Km de la capital, y manejados por 60 hombres cada uno. Ese era el triunfo de la industria armamentística, cuyo futuro se anunciaba prometedor y más resplandeciente que antes.

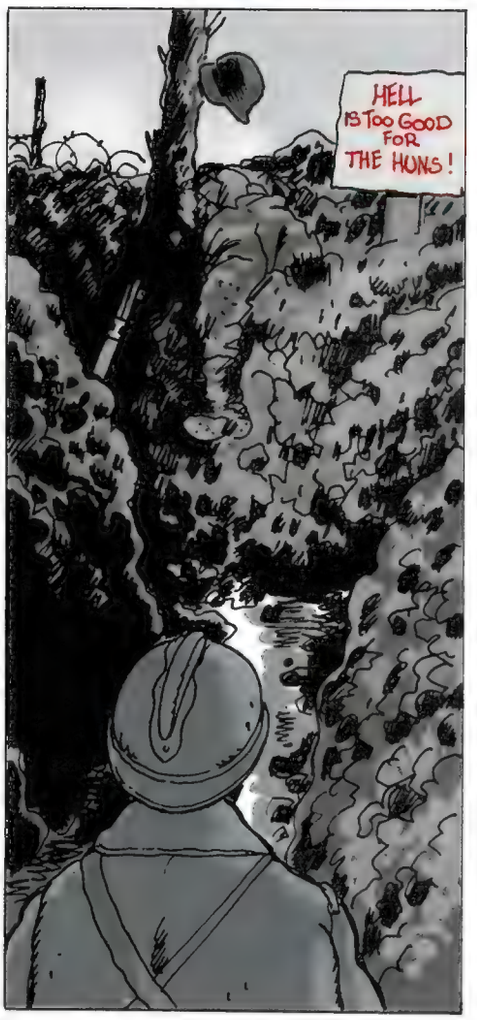
Me cuesta tragarme que los obreros ingleses se creyesen que les hacían fabricar, en el secreto más absoluto, depósitos de chapa blindada de 16 mm. Sea como fuere, lo que salió de las fábricas no eran "Tanques", sino carros de combate.

El olor, el zumbido de los moscardones, la actividad frenética de los gusanos sobre los cuerpos abotagados, la putrefacción... nada parecía afectar a Mathurin. Sería la costumbre. Siendo como era camillero, las había visto de todos los colores.

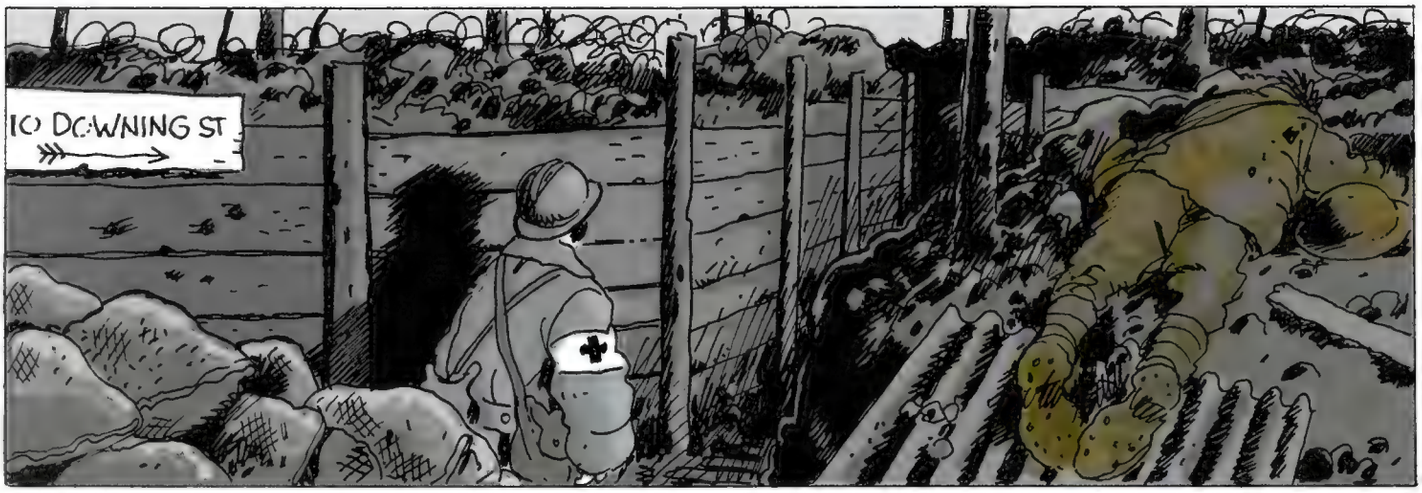
Uno podía pensar que Mathurin se mostraba indiferente, pero sabía que no lo olvidaría nunca, que seguiría oyendo los gritos de dolor y viendo cuerpos destrozados sobre la tela sanguinolenta de la camilla.
¿Y el herido al que había liquidado? Mathurin pensaba en él constantemente, pero no había sido culpa suya. No había tenido más remedio. Si no, los boches lo habrían visto.

Pero al final era aquel cabrón de capitán de la Colonial quien lo había visto.
¡Escoria!
¡Asesino!

El muy cerdo había apuntado a Mathurin a la cara cruelmente con su pequeña "Ruby" de fabricación española. ¡Eso no pensaba olvidarlo!


HELL IS TOO GOOD FOR THE HUNS!

No había nadie en la trinchera. Ni un solo Tommy en las troneras bebiendo su té asqueroso ni empinando el codo con su cantimplora de ron... ¡Nobody! Nuestros aliados se habían ido todos a celebrar el Minden Day en tercera línea, en recuerdo de una victoria de los fusileros de Lancashire sobre los franceses en 1759. El sector estaba tranquilo. Justo enfrente, los alemanes dormitaban en sus ratoneras. No debían de tener el calendario de festejos militares del día... Si no, ¿qué era aquello, La Entente Cordial?
A saber. Eso se preguntaba
Mathurin.


10 DOWNING ST

¡Un inglés! ¡Ya tengo suerte de que no me haya apuntado ese idiota!

?
¡Mierda, pero si es un crío!

A Mathurin le costaba comprender que lo que tenía delante no era un crío, sino un soldado bajito, apenas más alto que su fusil. ¿Cómo podían enviar a la guerra a unos soldaditos tan pequeños?

Al principio de este desastre, el cabrón de Kitchener (¡remember Fachoda!) tomó cartas en el asunto. Al pequeño ejército profesional británico le faltaban combatientes... "¡Vuestro rey y vuestro país os necesitan!¡Llamada a las armas!"... Siguió un magnífico arrebato de patriotismo y miles se alistaron en los cuatro "Nuevos ejércitos".

Bastaba ser "de pura cepa europea" y medir 1,60 m para enrolarse en el Cuerpo Expedicionario y que te mandasen al país de los gabachos.

El hambre, la pobreza, el paro... tal vez fuesen la causa del magnífico arrebato de patriotismo. De pronto había demasiados voluntarios.

La altura reglamentaria subió a 1,68 m... ¡y cayó el número de reclutas! ¡El War Office volvió a bajar a 1,60 m! La guerra será corta y vamos a ganarla, pero mientras tanto siempre tenemos el estómago vacío.

Tras algunas iniciativas locales se formaron los "batallones de amigos". ¿Por qué no alistarse en un "Pals Battalion", ya que te aceptan aunque solo midas 1,50 m?

Los voluntarios de baja estatura, e incluso algunos críos después de falsificar los papeles, correrán a alistarse en estos batallones de amigos de barrio con los que fueron al colegio y luego a la fábrica antes de reencontrarse codo con codo en una fosa común.

Mathurin no sabía que caminaba por el barro en compañía de un "Bantam".
¿Un Bantam? ¿Qué es eso?

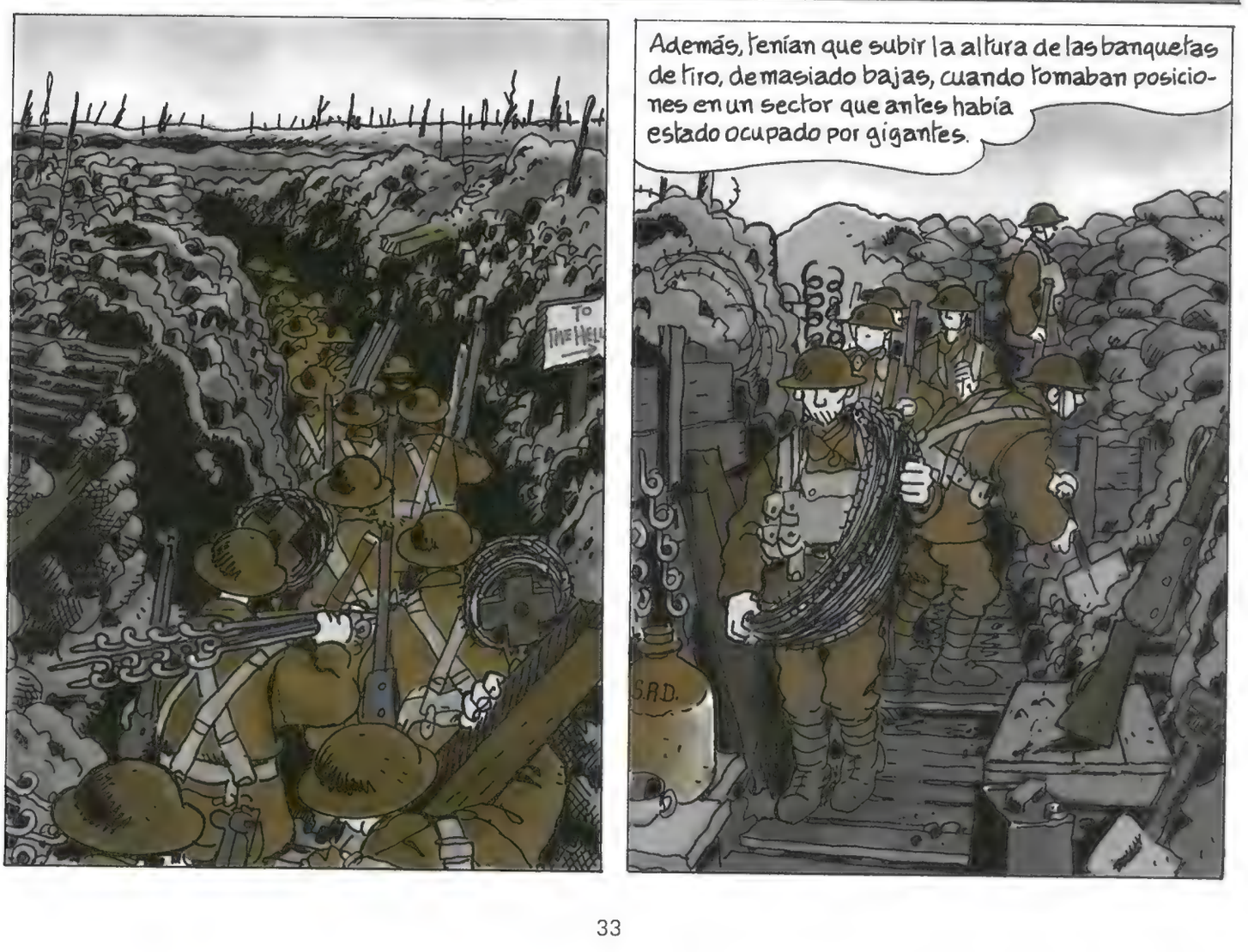
¡Un pequeño gallo de pelea!
Un combatiente peso gallo de 1,50 m. Pequeño, pero robusto.
O sea, el que paga el pato, como todos nosotros.

Eran forzudos, pero no eran buenos combatientes. La 35th Bantam Division nunca les dio ninguna satisfacción a sus bienamados superiores.

Estos hombres de corta estatura, agotados tras largas caminatas, acarreaban un bagaje que pesaba lo mismo que el de los demás, y debían realizar un trabajo idéntico al de las personas más altas.

Los trabajos de excavación, de refuerzo de los refugios, que se desmoronaban continuamente, el transporte de materiales indispensables para unas vacaciones en primera línea: rollos de alambradas con sus piquetas en espiral, maderos, placas de chapa...

...zampeados, escalas, morteros de trinchera, obuses, platos hondos y vasijas de ron... Todo era muy pesado y te dejaba hecho polvo.



Además, tenían que subir la altura de las banquetas de tiro, demasiado bajas, cuando tomaban posiciones en un sector que antes había estado ocupado por gigantes.

La capacidad ofensiva de los Bantam era muy débil, y sus incursiones nocturnas resultaban a menudo desastrosas. Enseguida los acusaron de ser unos cagados de miedo, degenerados físicos y mentales, soldados inútiles y lamentables, "una vergüenza para el Imperio Británico".
Tras varios fracasos, algunos fueron juzgados, condenados a muerte, a trabajos forzados o a años de cárcel.

Aunque los oficiales eran favorables a la clemencia, Sir Edmund Allenby, el general al mando del 3rd Army, ordenaba fusilarlos sistemáticamente para dar ejemplo. Nunca se llevó a cabo ninguna evaluación médica sobre la condición física de aquellos hombres...
God save the King!

When the Bantam roosters crow,
You'll find the enemy lying low,
Though we're not much in height,
Boy, how we can fight!
Just count on the chickens
To give them a licking...
When we march into the line,
That's when we show up mighty fine.
Though we're not much in height,
Boy, how we can fight...
When the Bantam roosters crow!
BANTAMS
OVER SEAS
216
CANADA
¡Vaya! Ese es el 216th Bantam Battalion de Toronto, que va hacia el frente alegremente. Tranquilos, vuestros pequeños cadáveres no los triturarán por cualquier tontería... ¡sino para mayor gloria de la Corona de Inglaterra!
¡Adiós, pequeñín! ¿Tu madre volverá a verte algún día? ¿y tu mujer? ¿y tus hijos?

* ANZAC (Australian and New Zealand Army Corps): cuerpo de ejército formado por tropas expedicionarias de Australia y Nueva Zelanda bajo mando británico.

Hay que reconocer que nosotros, con los ciudadanos de las colonias, también éramos unos cabrones de campeonato: África Ecuatorial Francesa, África Occidental Francesa, África del Norte, senegaleses y tonkineses... ¡Todos a primera línea! ¡Sin preocupación alguna por la economía de vidas humanas! ¡Carne de cañón al peso para defender a la madre patria!

Francia había sido atacada por las hordas teutonas. Francia, el país de los derechos humanos, un país extremadamente civilizado cuya cultura incomparable iluminaba al mundo, hacía un llamamiento a sus hijos agradecidos para expulsar de sus fronteras sagradas a esos invasores que apestaban a cerveza. Por nuestra parte, 1.427.800 cadáveres se quedarán en los campos de remolacha... ¡Por una vez, superamos en algo a los ingleses!

¡Escoria! ¡Asesino!
Oiga... De todos modos, ese tipo estaba jodido. ¡Ya estaba muerto!

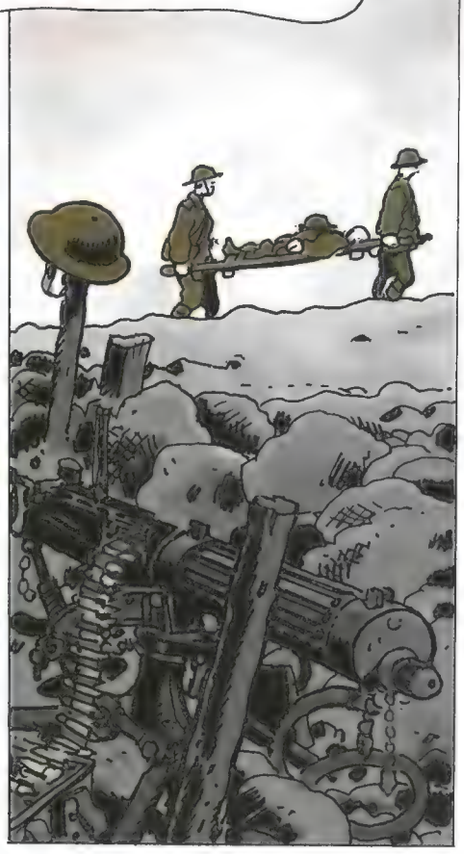
Con una bala en la cabeza, no podía llegar muy lejos. ¡Eso seguro!

¡Acababan de cargarse a mi amigo Sauvageon y a ese desgraciado no se le ocurre otra cosa que ponerse a gritar! Seguro que iba a hacer que me viesen los boches, que estaban justo al lado... ¡Joder!

En Vimy los canadienses habían sufrido mucho por la Corona de Inglaterra. Habían salido vencedores de la carnicería, y eso les había dado la idea de la independencia. Vimy, esa mierda de cima, iba a convertirse en el "lugar fundacional de la joven nación canadiense"... y a darles ideas a los "ANZACS".

El único batallón francófono que había sobre el terreno lo habían mantenido en segunda línea para que no obtuviese ninguna victoria. Nadie quería oír hablar de un Quebec libre... Para eso aún habría que esperar.

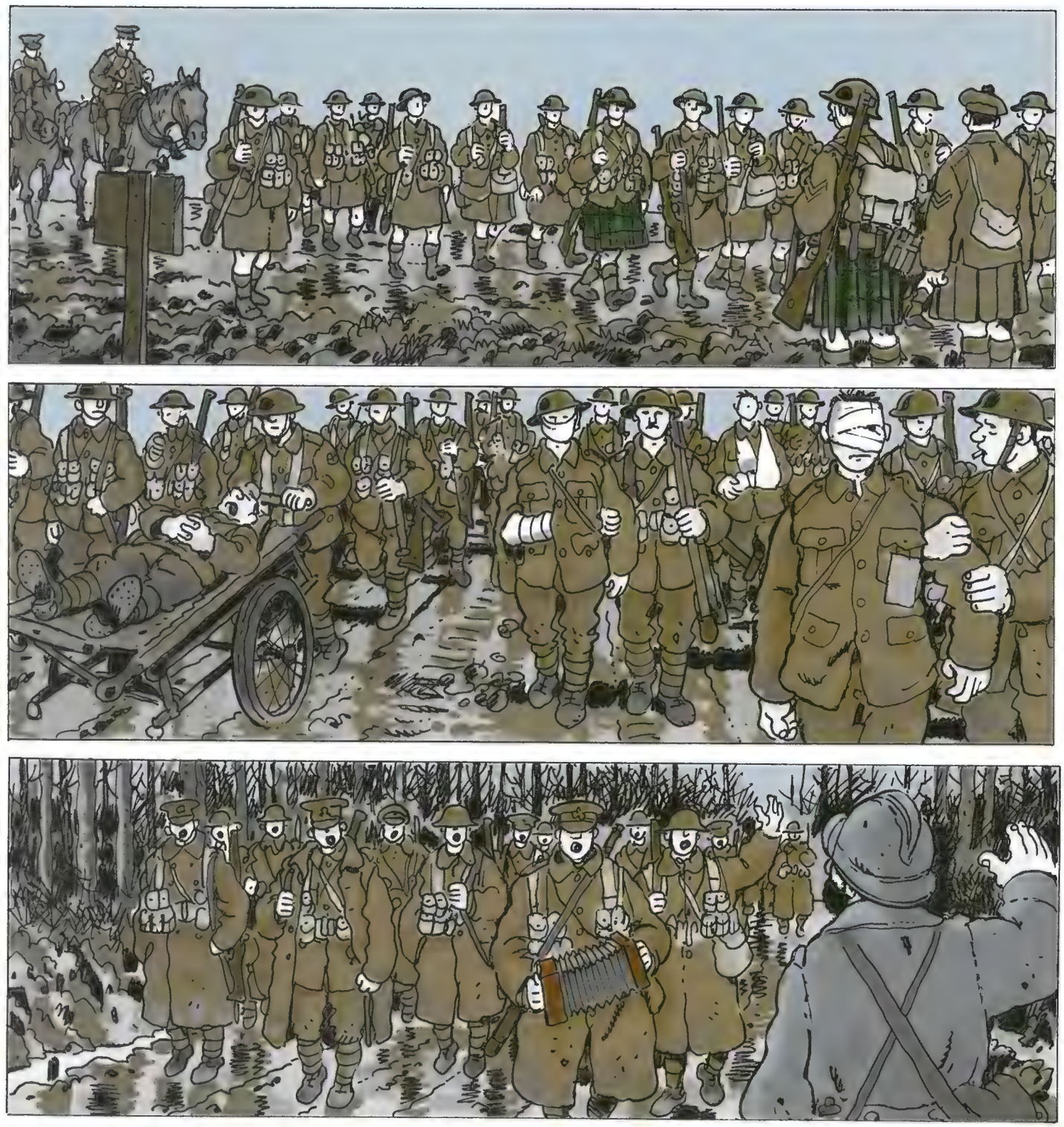
Los camilleros ingleses también trabajaban con la ayuda de prisioneros boches, a los que invitaban sin contemplaciones a que echasen una mano. ¡No era para tanto! Colaboraban con mucho gusto, felices de seguir vivos. Además, para ellos la guerra había terminado.



Al parecer, la empatía y los sufrimientos vividos en cada bando unían a los soldados. Después de haberse matado los unos a los otros como animales, se convertían de nuevo en seres humanos y eso sí que era agradable de ver.

Cerca de una camilla, Mathurin se había encontrado una pequeña pitillera metálica, que se habría caído del bolsillo de alguno de los cadáveres. Contenía una carta plegada en cuatro. Mathurin intentó leerla. No entendía todo lo que ponía... solo que una madre le deseaba un "happy birthday" en el frente a un tal Willie, uno de sus hijos, que acababa de cumplir 19 años. También le decía que tuviese cuidado con las francesas, que te pegan enfermedades.

¿Cuál de aquellos muertos era Willie McBride? Mathurin volvió a guardar la carta en la pitillera y la dejó donde la había encontrado. No podía evitar pensar en aquel chaval. No podía evitar desear que hubiese tenido una muerte rápida y "limpia", en el acto y sin sufrir. También pensaba en su madre, que le había enviado aquella carta, y que a su vez recibiría pronto otra carta terrible anunciándole la muerte de su hijo William en el campo de batalla. Más tarde recibiría una medalla de bronce bastante fea.


Volviendo hacia la retaguardia, los Tommies cantaban a voz en cuello una canción de circunstancias de la que Mathurin no entendió nada. ¿Qué decía la canción? Hablaba del general que se cuelga la medalla en su bonito uniforme, del coronel que se llena la panza y del sargento que se bebe el ron del regimiento... ¡y también hablaba del soldado raso que se pudre sobre la alambrada!

Para reducir la amplitud del frente y llevar a cabo una guerra defensiva, ya que con el ataque no conseguían gran cosa (¡solo hay que pensar en Verdún!), los alemanes se habían replegado hacia el este, a decenas de kilómetros de los campos de batalla, a posiciones fortificadas: refugios de hormigón, blocaos, acantonamientos subterráneos.

Una línea infranqueable, según ellos. La línea Hindenburg, bautizada en honor a su creador, respaldado por su adjunto, Ludendorff... dos carcamales teutones serios y bigotudos.

Miles de trabajadores (entre ellos prisioneros de guerra rusos), trabajadores forzados belgas y procedentes de los territorios ocupados, acudían al tajo a cambio de nada para construir aquel ringlado. La población civil, rehén y esclava, había sido expulsada hacia la nueva zona defensiva.

Dejaban atrás a ancianos, niños y enfermos: perfeccionaban un método de deportación que llevarían al paroxismo veinte años después.

Pueblos, aglomeraciones en ruinas, eso era todo lo que quedaba tras el paso de los tudescos.

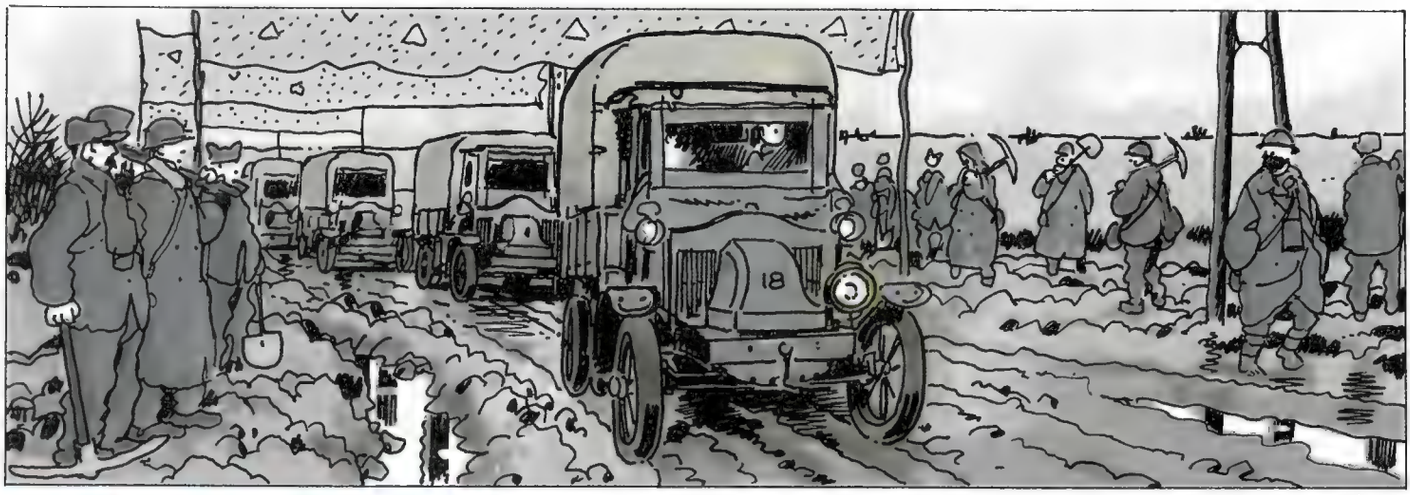
Qué alegría para los hijos ir al encuentro de su padre, que, al darles un abrazo, los llena de polvo negro.

Ruinas y desolación... como suele decirse.

Casas dinamitadas, pozos y cisternas envenenados, ferrocarriles, carreteras, obras de arte, minas inundadas, fábricas, estaciones, monumentos públicos... ¡Todo destruido! Y, además, en lugares bien escogidos abandonaban objetos cebados que te explotaban en la cara y te arrancaban un brazo o una pierna.

Era una aniquilación sistemática. ¡Todo pasaba a mejor vida! Los árboles, frutales o no; los campanarios de las iglesias, posibles puestos de observación; las máquinas de las empresas, después de extraer los metales; el ganado, las semillas y algunas baratijas para llevárselos más allá del Rin.

Estaba seguro de que no dejarían una buena impresión de su paso por la región. Al tratado de Versalles no se le iba a olvidar ese detalle. Su retirada no dejaba presagiar nada bueno, aún no se volvían a su casa. ¡Habría que darles una patada en el culo!

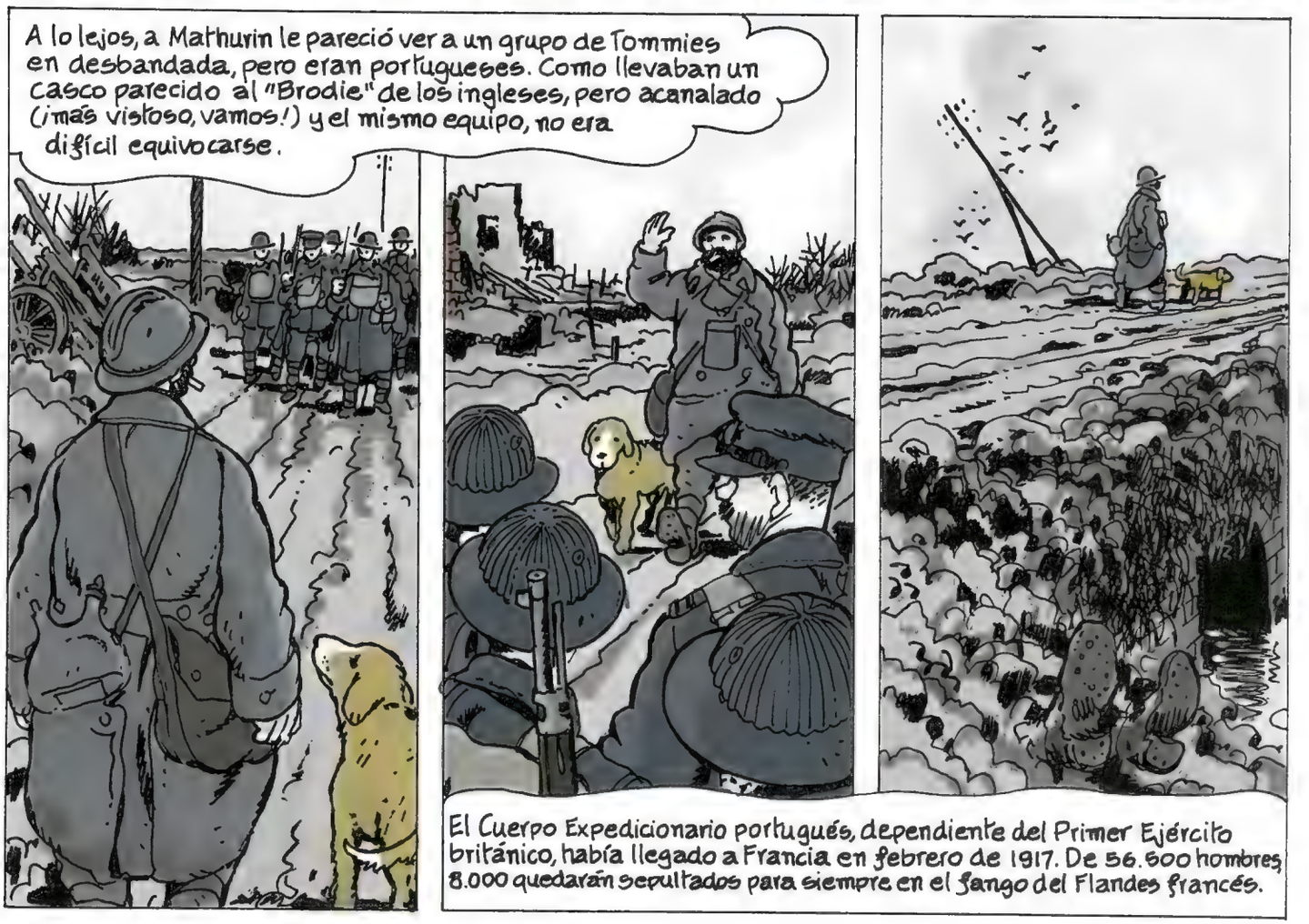


A la orilla de carreteras destrozadas, los viejos de la "Territoriale" soltaban las palas para ver cómo los convoyes de hombres y municiones avanzaban hacia el matadero. Eran demasiado mayores para los heroicos combates. Eran sus hijos quienes iban a cubrirse de gloria y vomitar las tripas en la tierra de nadie. Mathurin había conocido a uno de esos "terribles territoriales", Godet, cuyo hijo era aviador. Godet había recibido la terrible noticia: a su hijo, que tanto quería, lo habían derribado envuelto en llamas... y le había dado el tiempo justo a dispararse una bala en la cabeza antes de estrellarse contra el suelo.

Más tarde, trabajando de peones camineros también habrá culíes reclutados en China, esclavos peor pagados que los demás y vigilados por militares en los campamentos.
Después de la guerra, retirarán los escombros, limpiarán los depósitos de municiones, despejarán carreteras y vías de tren, rellenarán hoyos y cavarán fosas comunes. Trabajos peligrosos en las ruinas sembradas de explosivos y entre obuses sin explotar.
Habrá revueltas, a algunos los condenarán a trabajos forzados, y otros se quedarán mucho tiempo escondidos en los bosques.
¡Pobre desgraciado!

Mathurin no sabía adónde ir. Por el camino se cruzó con tres italianos agotados que arrastraban los pies.

Un poco más lejos vio a tres Sammies que tiraban a la cuneta el Chauchat con el que los habían equipado a su llegada a Francia. Era un fusil ametrallador rudimentario, tosco y poco fiable que se encasquillaba constantemente. ¡Era un arma francesa! ¿Cómo habían podido los yanquis equiparse con esa mierda? Rápidamente optaron por el Lewis, un fusil ametrallador inglés.

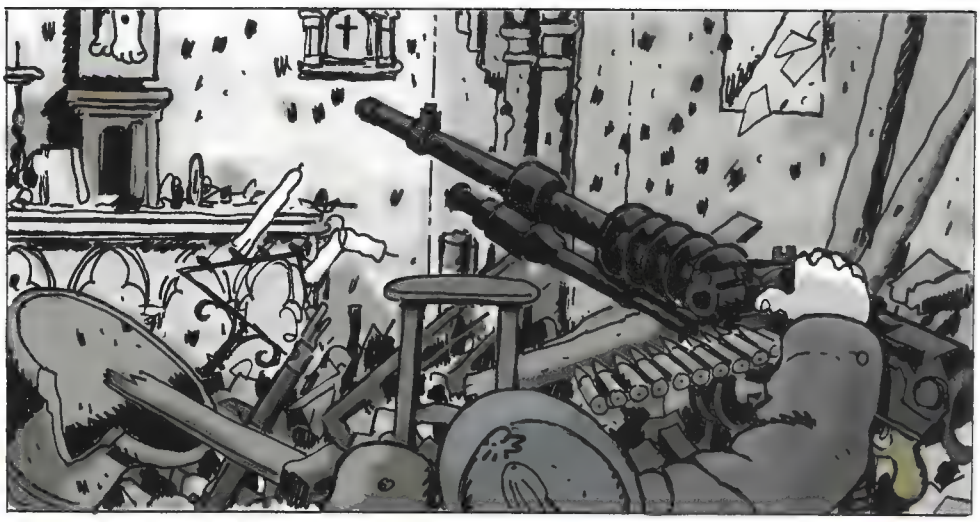

A lo lejos, a Mathurin le pareció ver a un grupo de Tommies en desbandada, pero eran portugueses. Como llevaban un casco parecido al "Brodie" de los ingleses, pero acanalado (¡más vistoso, vamos!) y el mismo equipo, no era difícil equivocarse.
El Cuerpo Expedicionario portugués, dependiente del Primer Ejército británico, había llegado a Francia en febrero de 1917. De 56.500 hombres, 8.000 quedarán sepultados para siempre en el fango del Flandes francés.

Mucho antes de la guerra, los alemanes y nuestros amigos ingleses habían planeado en secreto repartirse Angola y Mozambique, dos colonias portuguesas, convencidos de que les darían un mejor uso que los portugueses. ¡Eso no estaba bien! Portugal se acercó a la "pérfida Albión" para salvaguardar los territorios que explotaban en África.
En 1915, Inglaterra exige a Portugal que requise todos los barcos boches fondeados en sus puertos... y así lo hará. Alemania le declara la guerra de inmediato, el 9 de marzo de 1916.

¡Así se hunde uno en la mierda hasta el cuello! No hay que colonizar pueblos, robar las riquezas de su territorio y reducirlos a la esclavitud... que es lo que hace Francia, claro.

Mathurin pasó cerca de tres alemanes muy tranquilos, malolientes y cubiertos de unas gordas moscas azules, que se descomponían tranquilamente al sol de este mes de abril de 1917...

...y entró en las ruinas de lo que antes era una iglesia.
Tranquilo, no es para rezar.



INRI

Seguro que es muy arriesgado ir a misa en estos tiempos que corren.
?

¡Rusos!

Joffre esperaba 40.000 rusos al mes para rechazar a los tudescos, pero solo llegaron 46.000 soldados -¡ni uno más!- sin fusil a Marsella hace un año. En cuanto bajaron de los barcos, les endilgaron un Lebel para que entendiesen inmediatamente por qué les habían hecho venir. El zar los había utilizado como moneda de cambio para que les enviasen fusiles a Rusia.
¡Era la alianza franco-rusa a costa del mujik!

A los rusos no les gustaron ni el Chemin des Dames* ni el cabrón de Nivelle. ¡4.000 muertos entre sus filas y 200.000 entre las nuestras! Además, en febrero de 1917 había empezado la revolución en Rusia y el zar había abdicado.

"Motines" franco-rusos. ¡Abajo la guerra y los tiranos! No podrán obtener nada más del Cuerpo Expedicionario ruso. Quieren volver a su casa... ¡Normal!

Para evitar que contaminen a los otros combatientes con sus soviets y demás porquerías, los retirarán del frente para aislarlos e irán a parar al campamento militar de la Courtine, en Creuse. Los oficiales que seguirán siendo leales a Nicolás II -al que, en julio del 18, se cargarán los bolcheviques junto con toda su familia por orden de Lenin- y 5.000 soldados de nuestro magnífico Ejército francés bombardearán el campamento durante tres días. ¡Habrá entre cien y seiscientos muertos!

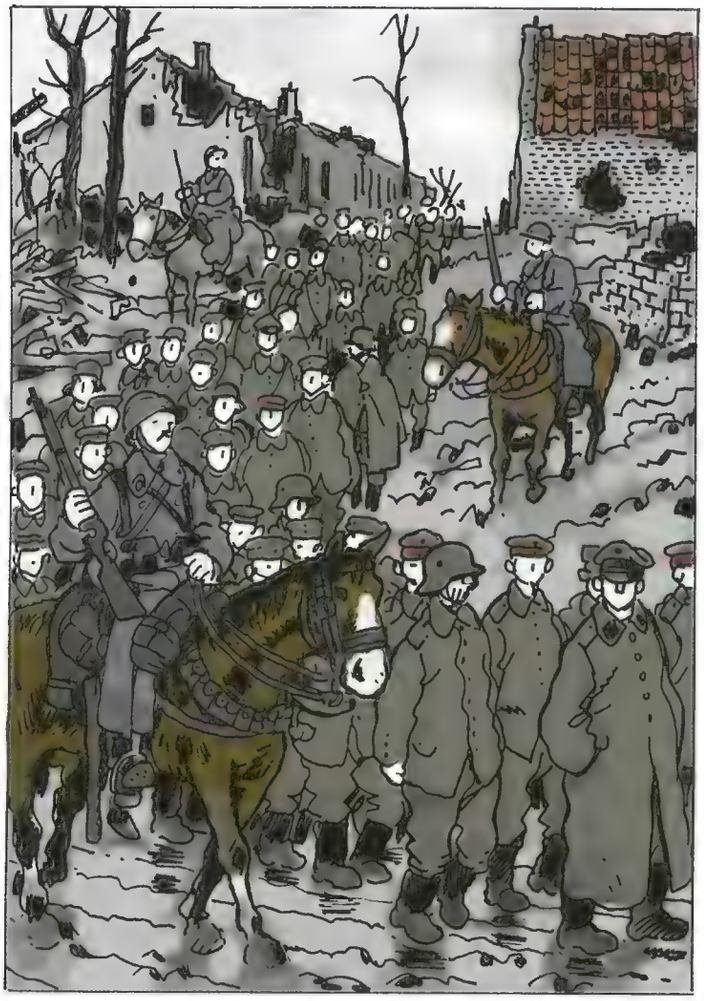
En 1919, Lenin ordenará la repatriación de unos hombres que se fueron de Rusia en 1916 y volverán... ¡a la URSS!

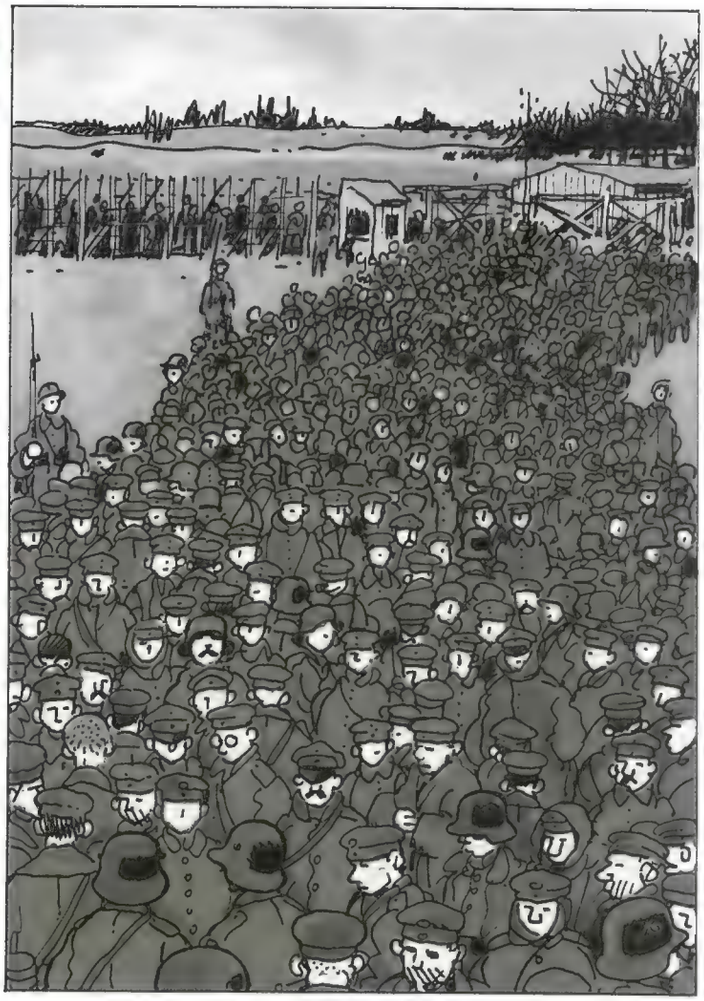
Mientras tanto, seguíamos enfangados en la guerra, incluso aunque los prisioneros alemanes no pareciesen descontentos...

* Lugar de la conocida batalla en la que murieron 270.000 franceses en la primavera de 1917. Esta derrota provocó los famosos motines.

Nosotros también invitábamos a los prisioneros alemanes a que nos echasen una mano. Después de haberlos interrogado con la esperanza de obtener información sobre sus actividades de los últimos días, les dábamos un trozo de pan y los poníamos a trabajar para que arreglasen un poco lo que acababan de romper...

...luego eran evacuados a los campos... o a Argelia. Claro que entre nosotros siempre estaba el inevitable idiota que se burlaba de ellos y disfrutaba humillándolos. Yo me decía que entre ellos también debía de haber cabrones de ese tipo...





Si la vida de un hombre no valía mucho más que la de una mula, en esta guerra de materiales, ¿cuánto costaba una batería "Bertha la Gorda", un carro de asalto inglés, un carro Renault, Schneider, St. Chamond, una ametralladora Maxim, Lewis, HotchKiss o St. Etienne? ¿O un blindado Austin o Rolls Royce?

¿Quién se forraba con los pedidos masivos de granadas, de pólvora, de obuses, de gas mostaza, de munición de todo tipo? ¿Las fábricas del Estado, el sector privado, los chanchullos del ministro?

Mathurin no lo sabía.

¿Y el rancho? ¿Y el vinacho? ¿Y los aviones? ¡Y los materiales, esas correas de cuero cada vez más fino! Botas... máscaras de gas de mierda, ¡pero con capotes diseñados por alguien famoso!

¡¿Y los cascos "Adrian", que cuestan 3,35 francos en abril de 1915 y 5 francos en enero de 1917?! 20 millones de esos cascos, ineficaces y demasiado brillantes al principio, fabricados al menos por diez empresas. Esos cascos adornarán las cabezas del ejército de África, de los italianos, los belgas, los serbios, los rumanos, los polacos, los holandeses, los checos, los rusos y, por supuesto, las nuestras. Debían de haber ganado un buen fajo de billetes, ¿no? ¡Mathurin estaba convencido!

Para él era evidente que los soldados, independientemente de a qué bando perteneciesen, no eran más que representantes comerciales cuya única función era que se forrasen unos industriales patriotas como el que más, satisfechos de poder reponer rápidamente un costoso material que se rompía enseguida.

¡Nos dejábamos matar para que se forrasen unos comerciantes, unos estafadores, unas sanguijuelas y unos enchufados en el Ministerio! Marianne hacía la vista gorda...

¡Mierda de guerra!

Estoy harto, amigo mío. El general se come los mejores pedazos y a nosotros nos dejan las sobras. Esta no es mi guerra. Tú también tienes hambre... pero no tengo nada para darte.
Sin embargo, no escasean los huesos. Si hasta tienen carne alrededor...
A ti y a mí nos tratan como a perros, pero tú no eres ningún carroñero... ¡Los perros nunca harían lo que hacen los hombres!
¡Espero que este 305 boche no me explote en el culo!
¡Asesino!
He aliviado su sufrimiento, como suele decirse. ¡Con sus gritos, iba a hacer que me descubriesen! Los boches estaban muy cerca y a él no le quedaba mucho, así que un minuto de más o de menos...
¡Ya era hora! Hay que estirar la pata antes o después, ¿verdad, mi capitán?
¡La limpieza de los cagaderos en el quinto pino del infierno, ese es el paraíso para un canalla!

Había un montón de gente en aquel pueblucho... muchos camilleros cargando soldados hechos trizas... al menos los que habían sobrevivido al traslado desde el puesto de socorro hasta allí.
A los afortunados que solo habrían perdido los huevos, o un brazo a manos de algún aprendiz de carnicero, los evacuarían a algún hospital de la retaguardia.
Aunque uno no estuviera en primera línea, se oía claramente toser al cañón, y eso te revolvía las tripas. Uno no estaba lejos de la carnicería.
¡EH, MATHURIN!
?

¡BROUTILLE EL ANGUILA!
¡Anda, sí que me alegro!
¿Dónde te habías metido? ¡Pensábamos que estabas muerto! ¿Y Sauvageon, dónde está ese camillero cabrón?

Acabábamos de descolgar a un tipo que estaba en las últimas y se había enredado en la alambrada. Lo habíamos vendado y todo... y volvíamos con él, pero nos perdimos un poco entre las ruinas e hicimos un descanso. De pronto, un tremendo bombardeo... ¡Cómo llovían los obuses! A Sauvageon se lo cargaron en el acto, y también al herido que llevábamos... Yo me puse a cubierto, me largué... ¡y aquí estoy, amigo!

Ven, vamos a echar un trago en ese bar para celebrar que no estás muerto.
Broutille, eres muy amable.

¡Una copa de tinto para un buen hombre que esta misma noche se va a acostar en la pilila del Káiser! Y no te cortes, ¿eh, campesino? ¡Llénala hasta el borde!
OLUES

¡El vaso de vino peleón está cada día más caro! Y los huevos... y, sin embargo, las gallinas no ponen huevos más gordos que antes de la guerra. ¡Hay mucha gente en este pueblucho, así que, natürlich, los pueblerinos no son tontos!
Ya... pero, de todos modos, es un abuso.

Parece que la hija del tabernero está muy preñada, ¿no? Los boches han ocupado este pueblucho desde que empezó la guerra. Parecía que no quedaba ni una rata por aquí, aparte de la taberna y de dos otres viejas. Los boches se fueron hace poco tiempo. ¿Quién será el padre del crío que está por nacer? Te dejo que lo adivines...
¡A mí me da igual!

¿Tú conocías bien a Sauvageon? Yo nunca había hablado con él. Tenía pinta de ser amigo tuyo. ¿Estaba casado? ¿Tenía críos?

¿Qué tipo de perro es el chucho? ¿Un fox-terrier?
¡Ni idea, pero no se separa de mí!

Los alemanes evacuaron este pueblucho después de haber instalado explosivos en la escuela, en el ayuntamiento, en dos o tres edificios y después de envenenar el agua, pero no les había dado tiempo a destruir el campanario de la iglesia... ¡Un trabajo muy mal hecho!

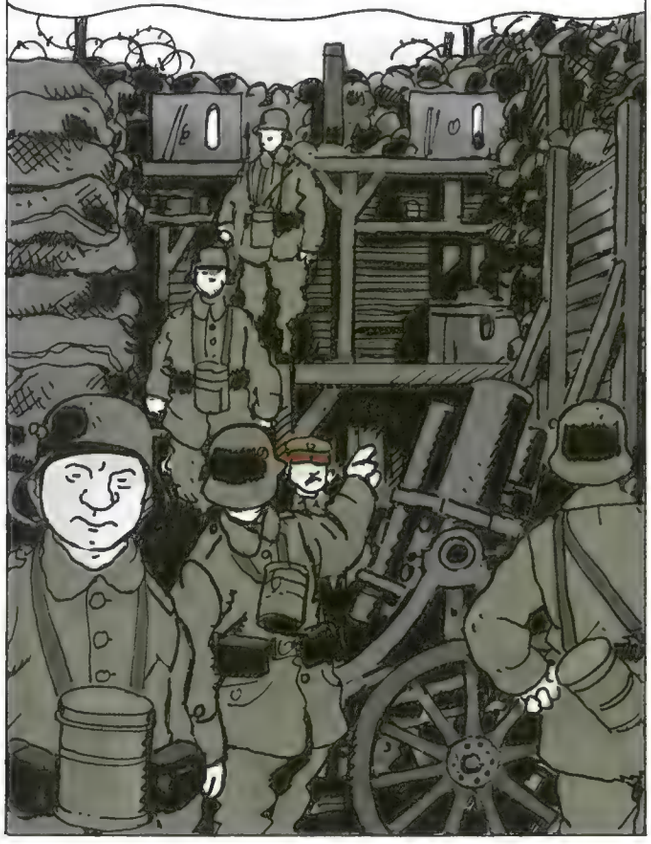
Detrás de la iglesia habíamos encontrado una caja de munición llena de objetos religiosos... Los amuletos del cura, que los alemanes no habían tenido tiempo de llevarse. ¡Para el valor que tenían, como si se limpiaban el culo con ellos!

¡UN AVIÓN BOCHE!

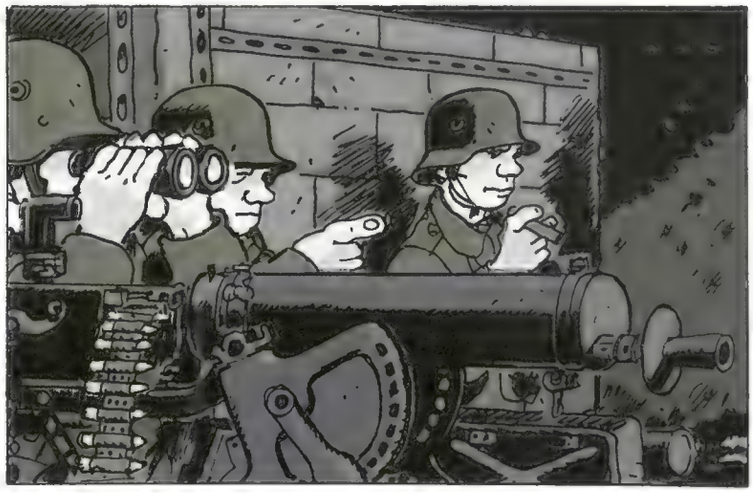
Ernst ni siquiera miró el aparato que regresaba a su territorio después de haber lanzado una bomba cerca de una iglesia, sobre una ambulancia, a una decena de kilómetros hacia el oeste. Observaba a los dos idiotas que avanzaban al descubierto por aquel sector de la tierra de nadie, demasiado tranquilo para su gusto.

p.Führer
A Ernst le enorgullecía comprobar que la trinchera que recorría estaba especialmente bien organizada, bien defendida y eficazmente fortificada. Contaba con un montón de refugios de hormigón armado a prueba de obuses y, además, estaba limpia. Todo lo limpia que podía estarlo un lugar como aquel, en primera línea y en tiempos de guerra...
¡Era una trinchera alemana!

No era como las posiciones francesas, que Ernst había pisado en varias ocasiones, durante ofensivas que habían triunfado. Había podido constatar que esos cerdos cagaban en cualquier sitio fuera de las letrinas.



Según Ernst, aquello marcaba la diferencia entre un pueblo superior, viril y sano, ávido de fuerza y de dominio, y los franceses, decadentes, totalmente degenerados, alcohólicos y sucios.



Estaba convencido de que un mundo en el que los alemanes no tuviesen la supremacía estaría condenado al caos. Para Ernst era evidente que estar en lo más alto era un derecho histórico y natural para la raza de los duros y rubios lansquenetes, a la que él se enorgullecía de pertenecer. Sentía correr por sus venas la sangre pura de los de su raza, apasionada del orden, despiadada y espoleada por la voluntad de imponerse.

Tenía la certeza de que aquella guerra moderna en la que unas máquinas terriblemente eficaces, concebidas y guiadas por técnicos inteligentes, con la complicidad de estrategas excepcionales, aseguraría la victoria de Alemania, cuya incuestionable superioridad tecnológica había quedado sobradamente demostrada.

El inglés era tan solo un primo lejano celta al que, a pesar de todo, había que aplastar. El francés, igual que el italiano, no existía. Y del negro, vergonzosamente utilizado por sus amos, Ernst pensaba que era incapaz de entender lo que estaba en juego en aquel combate grandioso, decisivo y legítimo por la supervivencia de la raza de los señores.

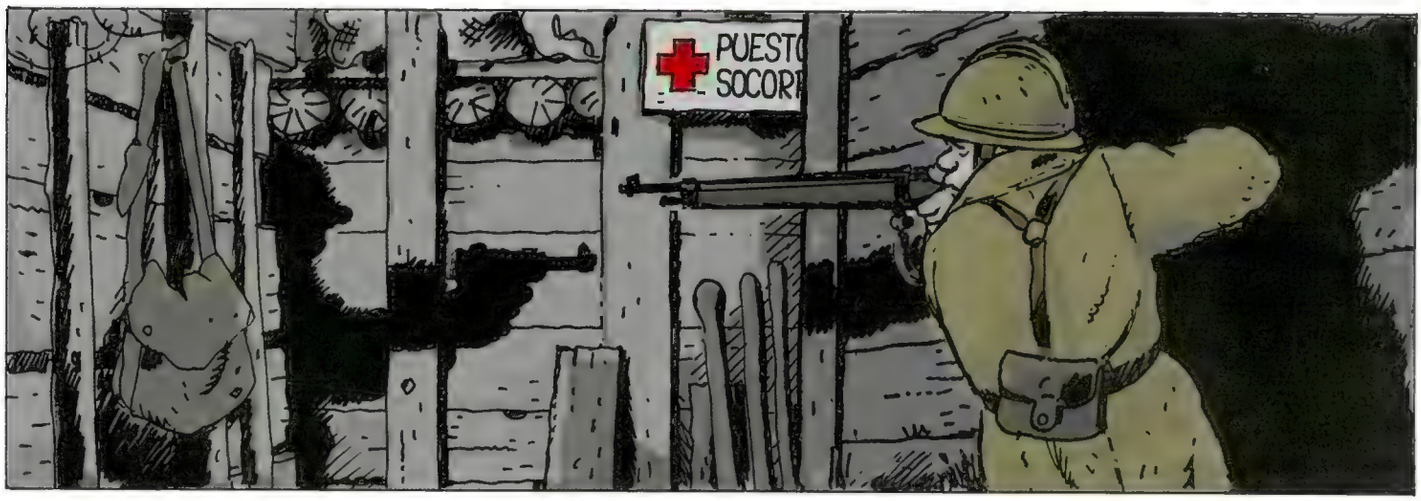
Lo que veía a su alrededor reconfortaba a Ernst. Estaba seguro de que sus compañeros eran todos, sin lugar a dudas, los mejores combatientes alistados en una guerra como aquella.

Ernst estaba orgulloso de sus hombres y de estar al mando de un batallón de asalto como aquel. Él guiaba al combate a hombres de acero, a voluntarios como él, siempre dispuestos a pasar al ataque... gladiadores, hombres sin igual, la élite del Ejército Imperial, un grupo de combate temible, un Sturm-batallón magnífico, duro y despiadado... nada que ver con los "Frontschweine" ordinarios que defendían las posiciones...

Un equipamiento reducido: bolsas de granadas ofensivas sujetas a los lados, cartucheras adicionales, cuchillo, cizalla, pala, máscara de gas, granadas con mango en el cinturón, una o dos cantimploras de agua, la carabina en bandolera, bayoneta, morral, ninguna insignia que permita identificar a la compañía, y todo coronado por el elegante casco de acero... Esperan.

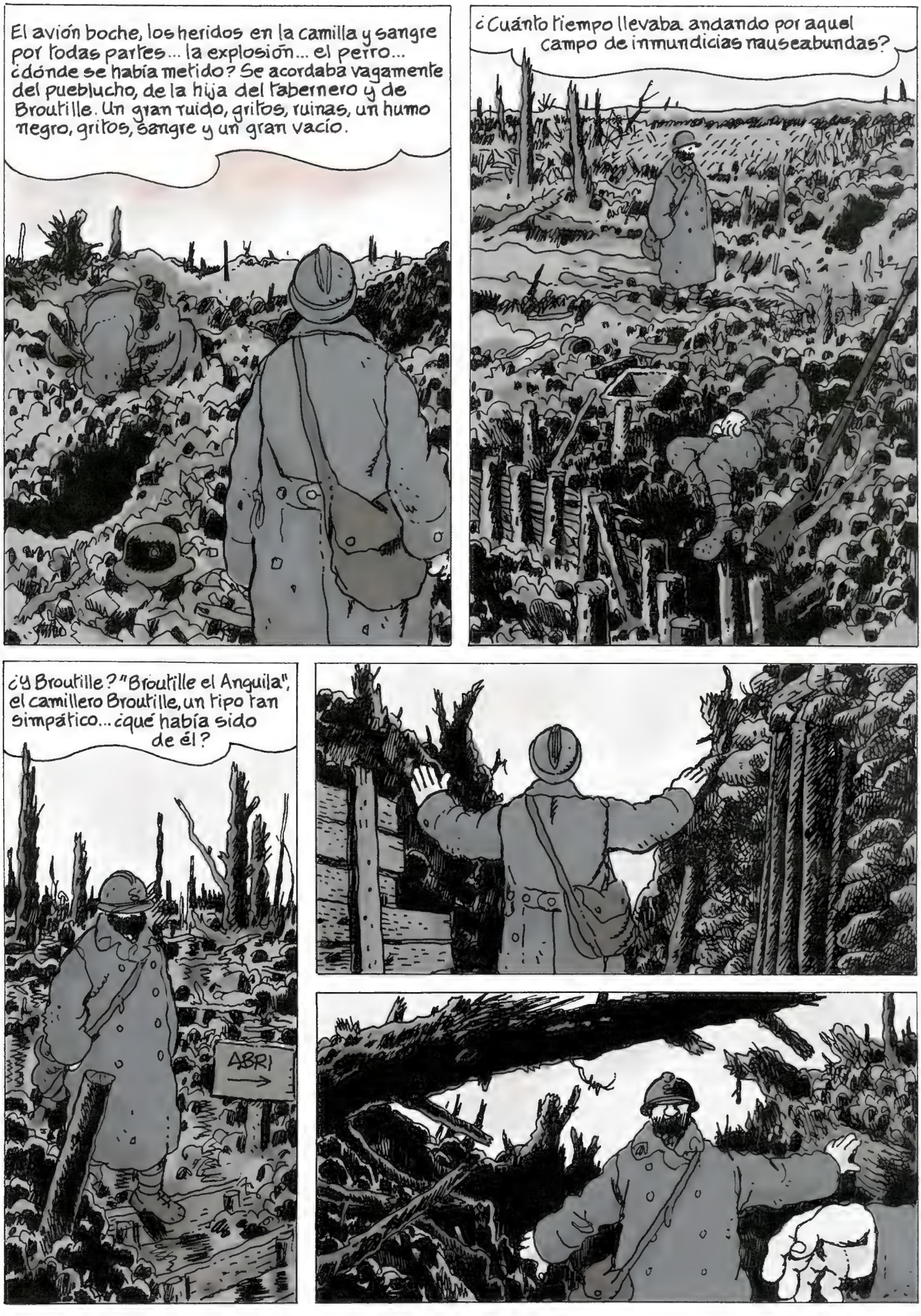
Ernst y sus hombres esperaban tranquilamente la señal que, una vez más y en un potente arrebato de camaradería viril y brutal, haría que saliesen de la trinchera y se abatiesen sobre las presas que tenían enfrente, condenadas de antemano. Ernst esperaba el instante fatídico, mirando fijamente su reloj de pulsera, embriagado por el rugido sordo del frente. Brevemente experimentó un ridículo sentimiento de piedad - que descartó rápidamente - al pensar en los desafortunados escoceses a los que iban a aniquilar, y esa perspectiva le hizo estremecerse de placer, como cuando uno mea después de haberse aguantado mucho rato las ganas.

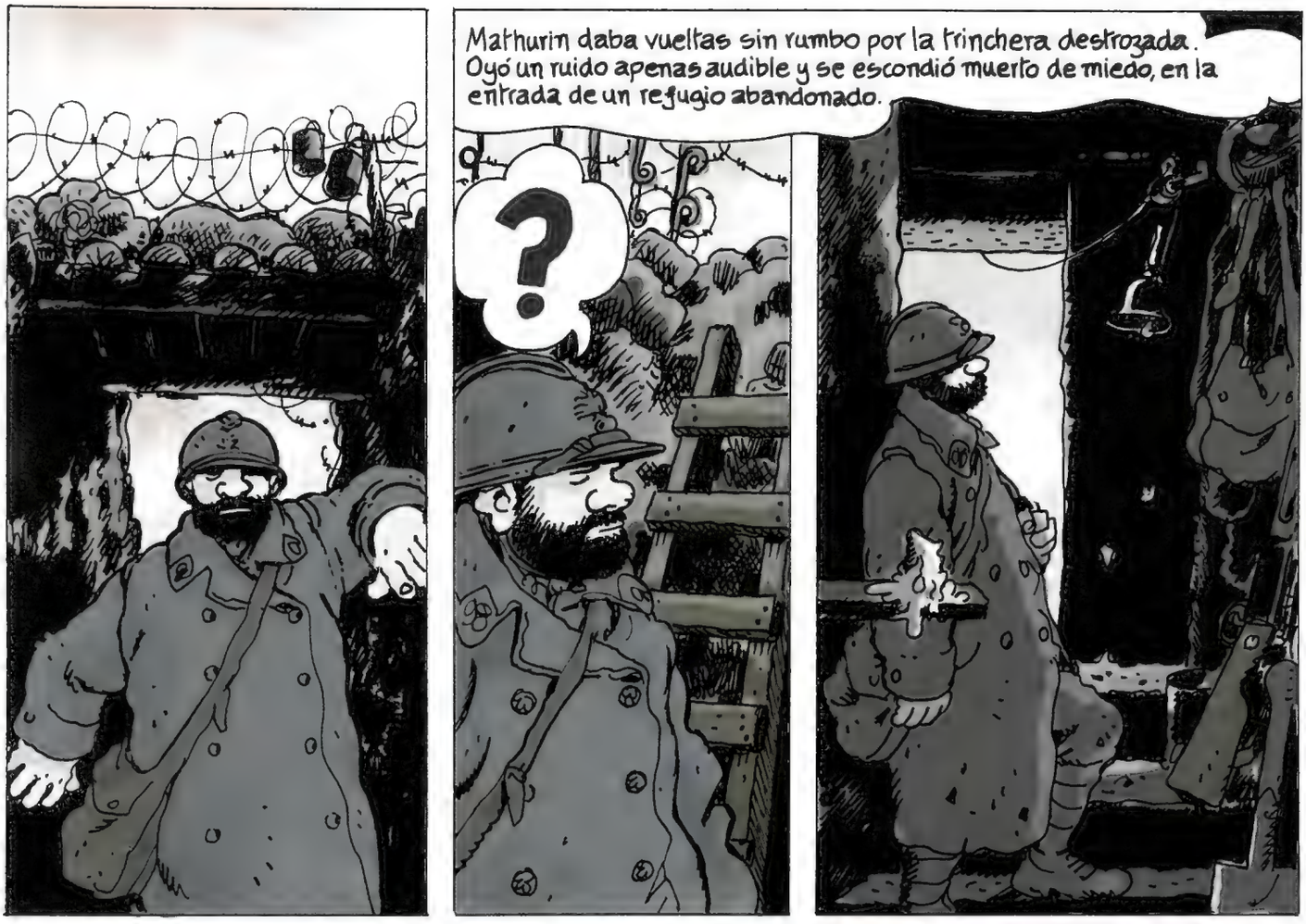
Avanzaban rápidamente y prácticamente en línea recta. No era lo más sensato, pero la velocidad relámpago era uno de los componentes del éxito de la operación. Los hombres de Ernst no lanzaron una sola granada...


PUESTO
SOCORRO

Silencio total. Trinchera abandonada, pero nada escocesa.
A Ernst apenas le dio tiempo a intentar entenderlo. El último disparo que oyó en toda la guerra fue el de un negro venido de Senegal en contra de su voluntad que, al apretar el gatillo de su Lebel, le descerrajó una bala de 8mm entre ceja y ceja.

* Nombre oficioso de la cruz "Pour le Mérite", la mayor condecoración del Imperio Alemán. En francés, por ser el idioma de la corte del Reino de Prusia, donde se creó en el s. XVIII.


El avión boche, los heridos en la camilla y sangre por todas partes... la explosión... el perro... ¿dónde se había metido? Se acordaba vagamente del pueblucho, de la hija del tabernero y de Broutille. Un gran ruido, gritos, ruinas, un humo negro, gritos, sangre y un gran vacío.
¿Cuánto tiempo llevaba andando por aquel campo de inmundicias nauseabundas?
¿Y Broutille? "Broutille el Anguila", el camillero Broutille, un tipo tan simpático... ¿qué había sido de él?
ABRI


Mathurin daba vueltas sin rumbo por la trinchera destrozada. Oyó un ruido apenas audible y se escondió muerto de miedo, en la entrada de un refugio abandonado.
?

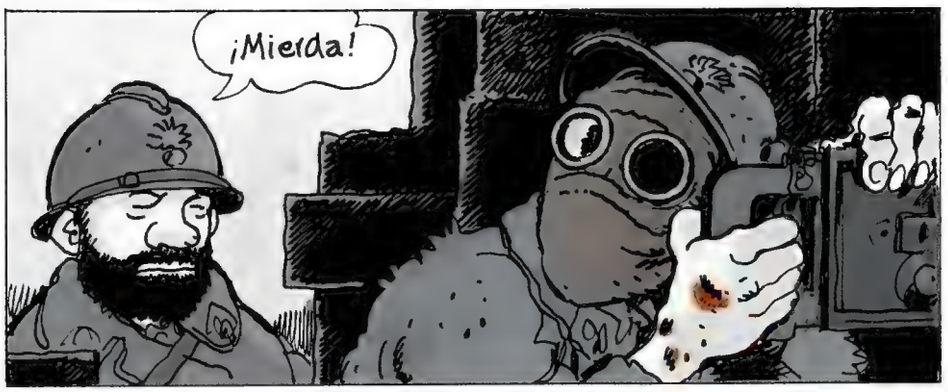
Sin pensarlo, se apoderó de un fusil que parecía estar esperándolo, a la vista sobre los escalones de la madriguera apestosa. Luego salió y se encaramó al parapeto de la trinchera. Al sopesarlo, comprobó que estaba cargado.

Mathurin llevó a cabo todos estos gestos sin darse cuenta, en un estado de inconsciencia. Como el heroísmo no era lo suyo, de no haber estado bajo el influjo de una extraña emoción, de una curiosidad inexplicable, está claro que lo más razonable habría sido huir... ¡pero él hizo justo lo contrario!

¿Le descerrajo una en todo el culo o entre los omóplatos? ¿Dónde se cree que está ese cabrón? ¡Va a lamentar haber venido a joder al personal!
Es imposible fallar. No sospecha nada. Parece que espera tranquilamente a que me lo cargue. ¡Está chupado! ¡No te entretengas, Mathurin, no tienes otra cosa que hacer, maldita sea!
Por la espalda... está feo hacer algo así. ¡Preferiría que se diese la vuelta! Pero ese bribón podría llevar una pistola en la mano... ¿Me habrá oído ese malnacido? Es la primera vez que disparo a un hombre... ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!
Al fin y al cabo, ese boche es un pobre desgraciado, igual que nosotros. ¡Yo trabajo para Schneider, y él para Krupp! Es un pobre desgraciado, igual que yo, como todos nosotros. No hay mucha diferencia.
No puedo hacerlo... No puedo hacerlo... ¡Y encima, por la espalda! Está muy feo... ¡Es asqueroso! No, no puedo. Me arrepentiría...
El camillero Mathurin acababa de perdonarle la vida al oficial de enlace Adolf Hitler, cabo del 16º Regimiento Bávaro.

¡Mierda!
¡Mierda!
¡Mierda!
¡Mierda!
¡Mierda!

?


¡Mierda!

¡Máscaras de gas de mierda!

Los gases. ¡Ese había sido el gran hallazgo! La industria química a las órdenes de los Estados Mayores, y nosotros, en medio de nubes de niebla verdosa que apestaba a ajo o a mostaza, con la nariz metida en tampones protectores de mala calidad.
Sin embargo, el uso de gases asfixiantes -que son muy perjudiciales para la salud- había quedado prohibido por la primera Conferencia de Paz de La Haya en 1899, y luego por la Convención de Ginebra, ocho años después. ¡Qué risa! El 22 de abril de 1915, a las 17.10, en Ypres, los boches lanzaron sobre las posiciones francesas 149 toneladas de cloro contenido en cilindros.

Antes de la guerra, la policía había utilizado granadas de gas asfixiante durante el asedio a la Banda de Bonnot y los polizontes habían quedado muy contentos con ellas. Eso había sido en 1912. Así que fabricaron granadas del mismo tipo, pero en cantidad. La fábrica química Poulenc estaba en el ajo, y también un químico del Instituto Pasteur, Gabriel Bertrand. Fabricaron la granada "Bertrand"... lista para usar, y no se privaron de usarla desde finales del 14 un poco antes de Ypres. ¡Los franceses habían sido los primeros en utilizar gases tóxicos!

¡VIVA FRANCIA!

... Pero los alemanes, cuya industria química era muy superior a la nuestra gracias a las empresas BASF y Bayer (¡Bayer no solo producía aspirina!) y la colaboración del químico Haber (¡que obtendrá el Premio Nobel de Química en 1918!), fabricaron cloro gaseoso asfixiante que se liberaba con un siniestro silbido de las tuberías conectadas a unas bombonas cilíndricas, escondidas en las trincheras de la primera línea boche. Después se produjo la inevitable escalada.

Cloropicrina, oxicloruro de carbono, cloruro de estaño, cloroformo, cloroformato de metilo clorado, fosgeno, ácido cianhídrico, bromuro de xililo, bromoacetona, bromometiletilcetona, bromoacetato de etilo, bromuro de bencilo... Ahora te lanzaban a la cara con obuses esos productos tóxicos de preciosos nombres.

Todo lo asqueroso tiene un nombre bonito.

Respondían con gases cada vez más nocivos, pero los boches siempre nos sacaban ventaja y nuestras máscaras prehistóricas se quedaban anticuadas.

En julio de 1917, en el sector de Nieuport, hubo novedades. El sulfuro de etilo diclorado, que olía bien a mostaza, nos descongestionó la nariz y nos destrozó los pulmones.

Gases sofocantes, asfixiantes, irritantes, lacrimógenos, vesicantes... clorobenceno, difenilcloroarsina, monoclorhidrina del glicol... Todas esas porquerías traspasaban alegremente nuestras máscaras, a las que, encima, había que humedecerles las compresas "protectoras" en el momento del ataque. Como en la trinchera no había agua corriente... ¡meábamos en la máscara.'

El terreno infectado por la iperita seguía contaminado durante varias semanas, así que, para neutralizar esa mierda, rociábamos el suelo con cloruro de cal.

Desde finales de 1915, los alemanes tenían una buena máscara con un cartucho filtrante. Los ingleses tenían un verdugo protector "Hypo" y, en 1917, un "Small Box Respirator" con cartucho. Pero nosotros, los franceses, siempre más listos que los demás, tuvimos que esperar a mediados de febrero de 1918 para estar por fin protegidos eficazmente.

¿Y los animales? Movilizados en esta guerra que les importaba aún menos que a nosotros, la palmaban, asfixiados y quemados por los gases, o despanzurrados, decapitados, hechos picadillo por los obuses... ¡igual que nosotros! Caballos, mulas, perros, palomas mensajeras, terneros, vacas, cerdos... los animales de la granja, abandonados a su suerte, o los animales salvajes, atrapados en los campos de batalla... ninguno escapaba al hambre o a la matanza.

De los más de un millón de caballos enrolados en el bando francés, alrededor de 500 morían cada día por las heridas pestilentes debidas a la fricción de los arreos. Los caballos de montar tenían el lomo en carne viva, pero los montaban igual.

Los perros, entrenados para buscar heridos o detectar gases, centinelas o mensajeros... ¡cinco mil darán su sangre por Francia! Sin defensa, maltratados, estos animales no se quejaban y no inspiraban ninguna compasión, por más que su sufrimiento fuera idéntico al nuestro.
No se puede decir que a nosotros nostrataseп mejor que a los animales... ¡Ni hablar! "¿Adónde vas, soldadito? ¡Al matadero!". ¡Era verdad! Si no veíamos el final del túnel, tal vez era porque aún quedaba mucho gas y reservas de material que gastar, ¡no fuera a ser que lo hubiesen fabricado para nada!

Los que habían tomado una buena dosis de iperita iban a tardar varias semanas en irse al otro barrio. Su agonía era atroz: se asfixiaban, escupían sangre, tosían, se quedaban ciegos, tenían los pulmones hechos puré (¡edema pulmonar, hemorragia pulmonar, gangrena pulmonar!) y, para rematarlo, el cuerpo cubierto de quemaduras parecidas a ampollas purulentas. A menudo era la infección lo que acababa con esos pobres desgraciados.
Nosotros también nos habíamos puesto a fabricar iperita. Usines du Rhône y la Société Le Chlore Liquide no paraban. ¡A los alemanes, que pensaban que hacíamos las cosas con los pies, los habían pillado por sorpresa! Ahora podíamos producir a nivel industrial toda una gama de porquerías muy peligrosas para el hombre... y los animales. ¡Ese era el milagro de la industria!

Mucho tiempo después de la guerra, los gaseados "leves" seguirán escupiendo los pulmones, como los mineros, antes de estirar la pata.

En octubre de 1918, el cabo del 16.º Bávaro también recibió su ración de gas, pero sobrevivió, mientras un montón de buena gente moría... ¡Dios no existe, seguro! ¡Podéis creerme!

Como algunos gases habían dado muy buen resultado en entornos cerrados, lo tendrán en cuenta en la siguiente guerra...

?

¡EH!
?

¿Qué haces holgazaneando por aquí? ¡Has estado a punto de llevarte una cuchillada!

Si no hubiese reconocido tu ropa de soldadito francés de medio pelo, estarías muerto. Este túnel va directo a territorio boche. ¡Allí vamos nosotros!

¡A callar! ¡Silencio!
¡Somos los reyes echando una mano al cuello!
Esos que llevaban cuchillo de carnicero, machete o cachiporra eran tipos díscolos y marrulleros a los que habían retirado de las trincheras y luego habían aislado en la retaguardia, donde los habían convertido en "voluntarios" para echar una mano con los de enfrente.

En su barracón los dejaban pimplar, bromear entre sí y consumir a manos llenas la cocaína que dispensaban en la enfermería. Vestidos descuidadamente y con el pelo largo, daban miedo a los demás y solo los sacaban para echar una mano.
Al amanecer del día de la operación, los llevaban, ligeramente achispados, en camión hasta el túnel por el que debían salir para llegar a las posiciones enemigas y, si era posible, volver con prisioneros a los que harían hablar y que nos revelarían toda la estrategia del Alto Mando boche.

Los alemanes los oían llegar y tomaban precauciones. Todo aquello no era muy eficaz, pero si lo conseguían... ¡cuatro días de permiso, la Cruz de Guerra y vino a discreción!

Ya hacía tiempo que nadie había visto a los dos camilleros de la ambulancia del 98.º R.I. A Sauvageon y a él debían de haberlos dado por muertos. En el caso de Sauvageon era cierto. También en el caso del herido al que se había visto obligado a liquidar. Y a Augustin eso le molestaba mucho... ¡Y con razón!

Un capitán de la Colonial lo había visto estrangular al moribundo sobre la camilla, pero el capitán también estaba muerto, había tenido una bonita muerte de militar de carrera, y eso no le molestaba nada de nada. No pensaba darle más vueltas. Ya lo dicen: si no hay testigos...

A Augustin lo habían puesto de camillero porque no se había esforzado nada en el manejo del fusil. ¡Deberían haberlo metido entre rejas en ese mismo momento! La guerra transforma a los hombres en asesinos, es verdad, pero él aún no se había recuperado de haber sido capaz de hacer algo así.

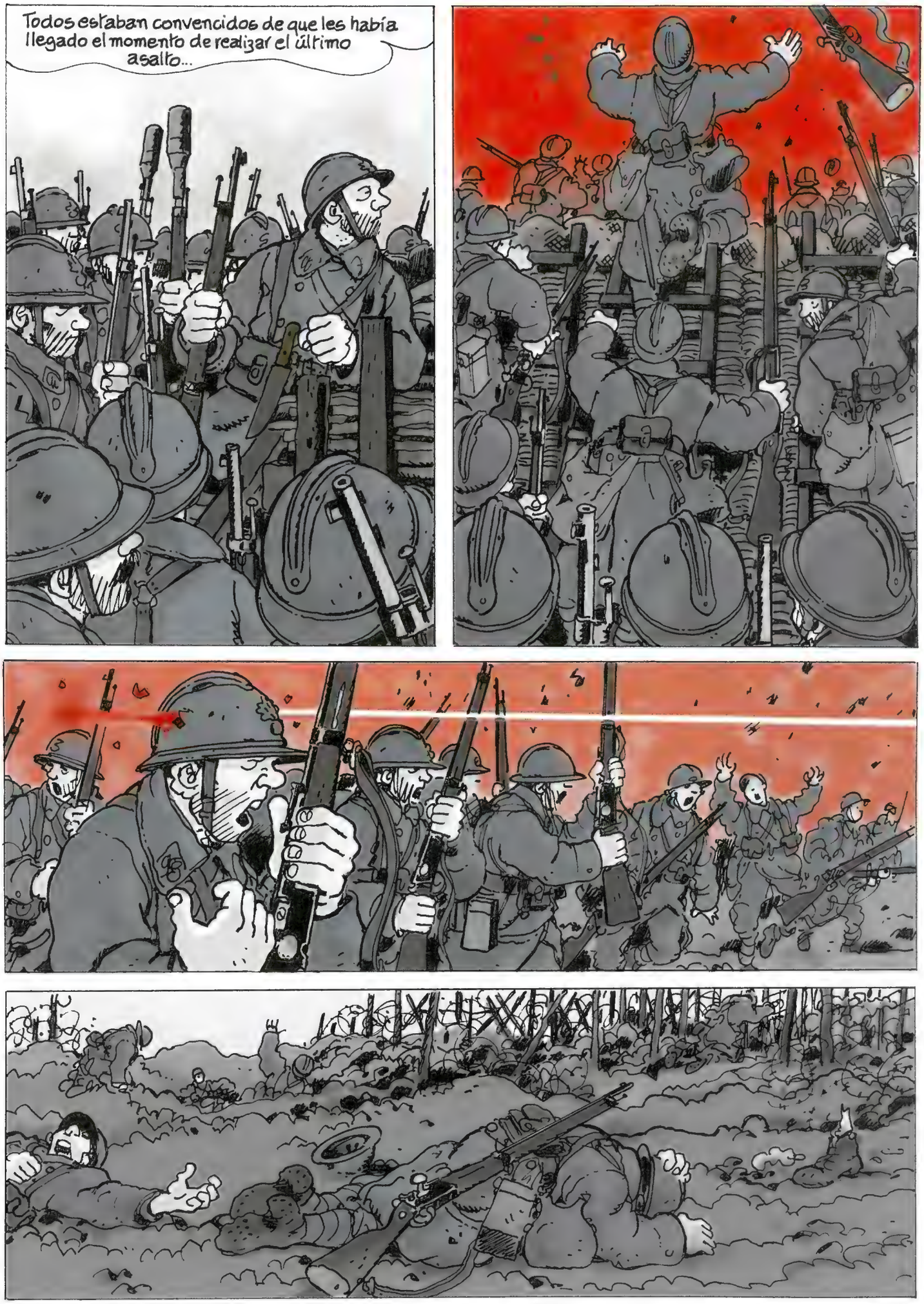
En el recodo de una trinchera, acabó por toparse con los hombres de su regimiento.

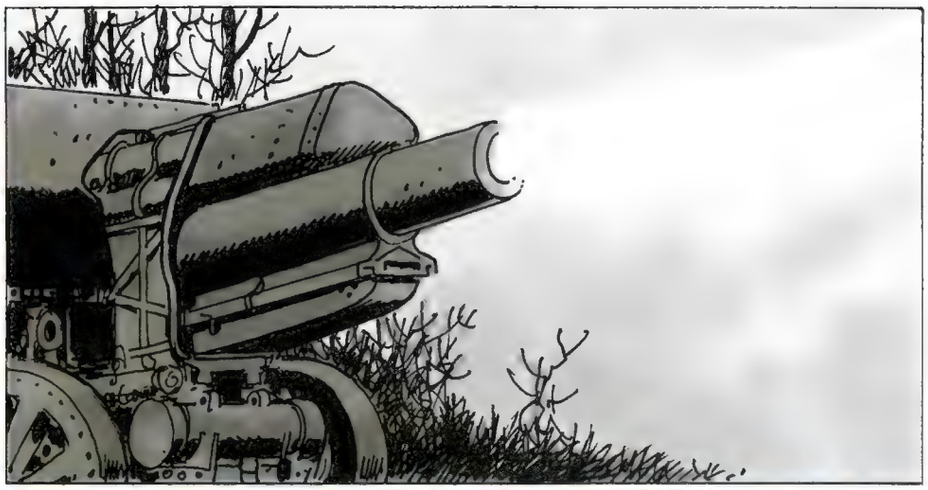
Augustin no las tenía todas consigo, pero no le habían preguntado dónde se había metido, ni de dónde venía, ni qué había sido de Sauvageon. Ya era una suerte que no lo hubiesen mandado al paredón por desertor. Pero a nadie le importaba un bledo.

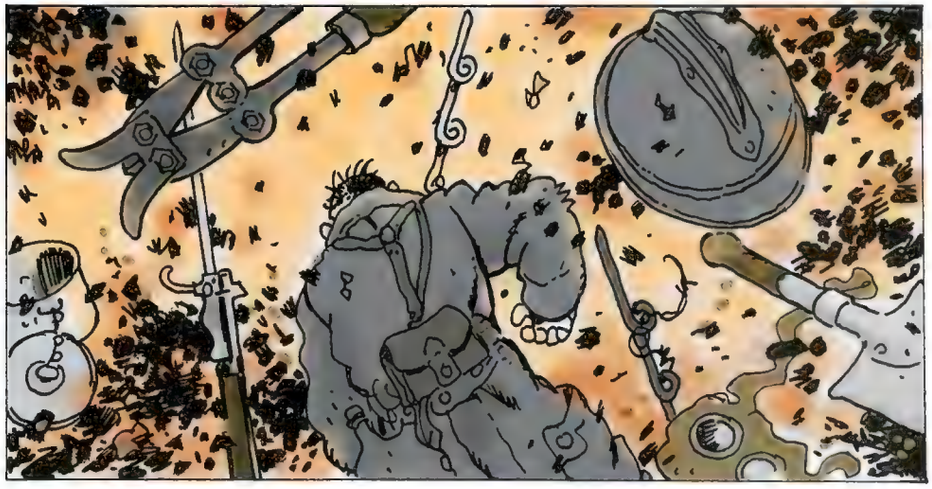
¡Eh, viejo! ¿No habrás visto al camillero Broutille? ¡Broutille el Anguila! ¿Dónde se habrá metido? Si la hubiese palmado, lo sabrías, ¿no? Era amigo mío.

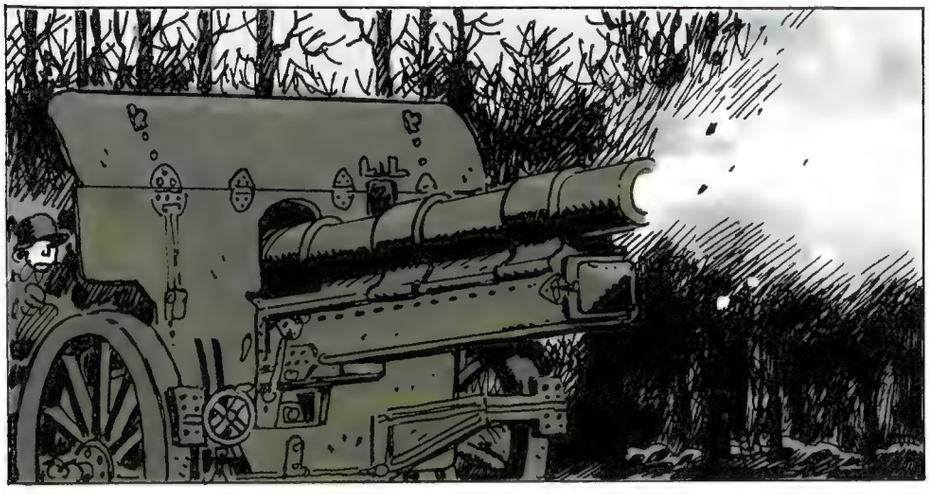
Todo el mundo se cagaba de miedo porque el suelo empezaba a temblar bajo las botas. Todos pasaban de todo.

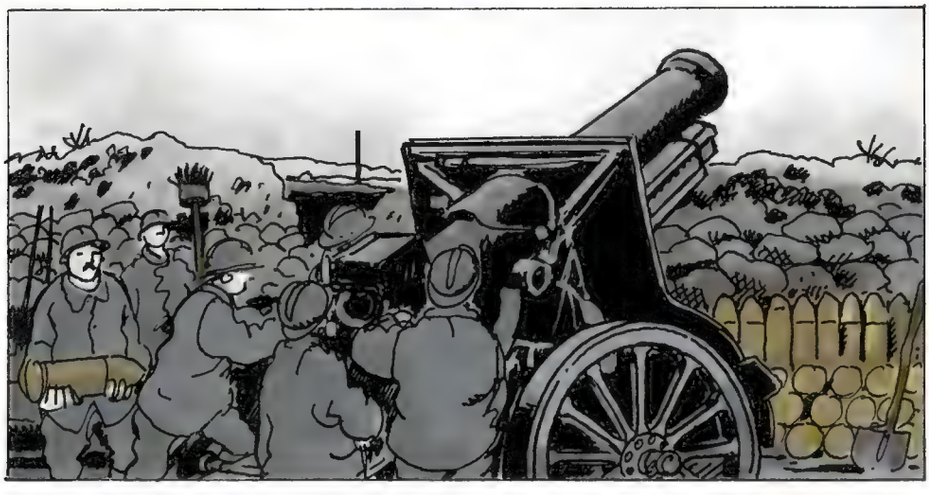
En el momento preciso en que paró el martilleo de la lluvia, las piezas de artillería, desde la retaguardia, hicieron sonar sus tubos gordos sobre las vías del tren y escupieron obuses de 500 Kg sobre los boches, y a veces también sobre nuestras cabezas... por error. Era para hacernos salir más rápido de nuestras ratoneras... según decían.

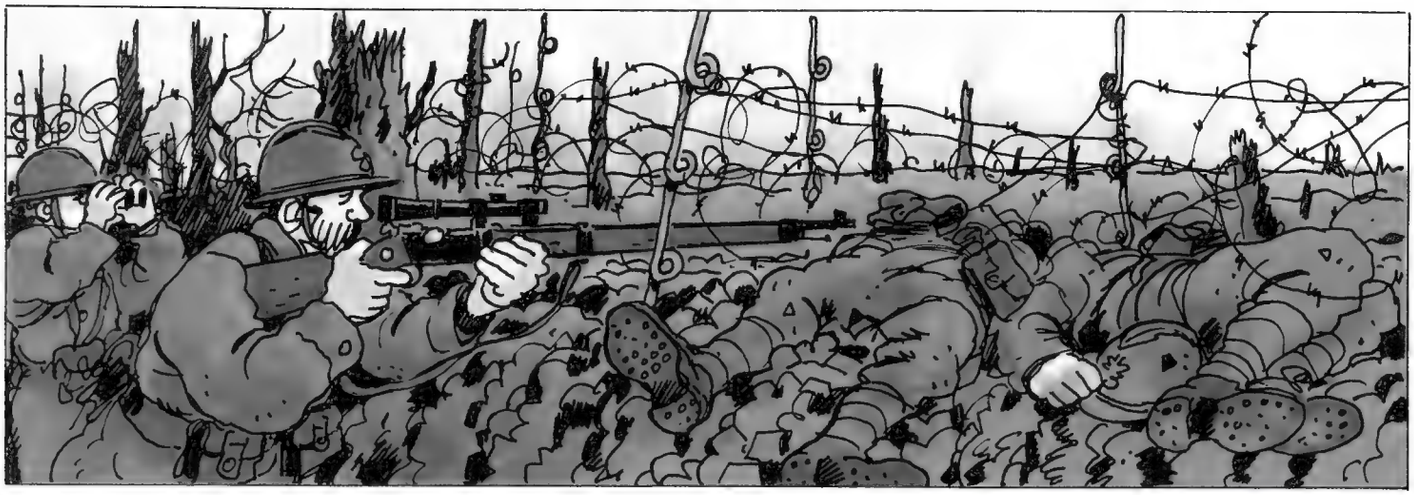

Todos estaban convencidos de que les había llegado el momento de realizar el último asalto...

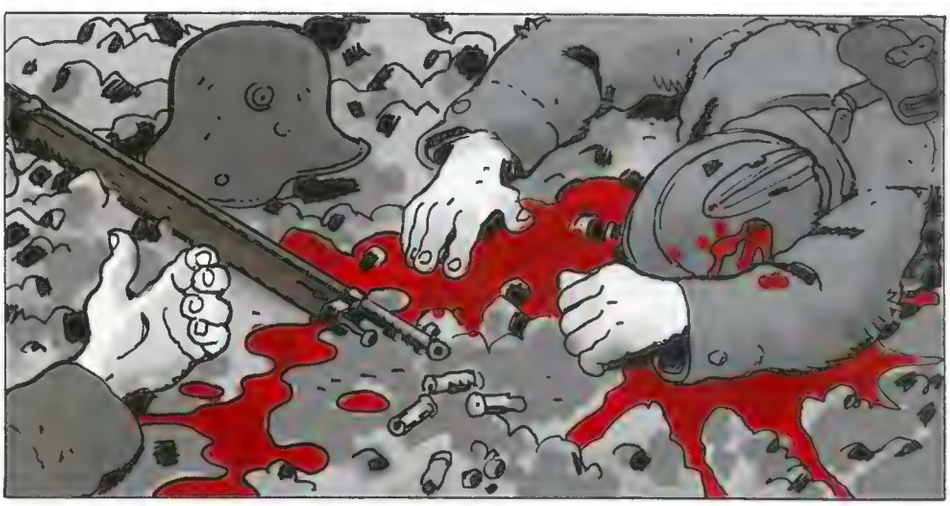


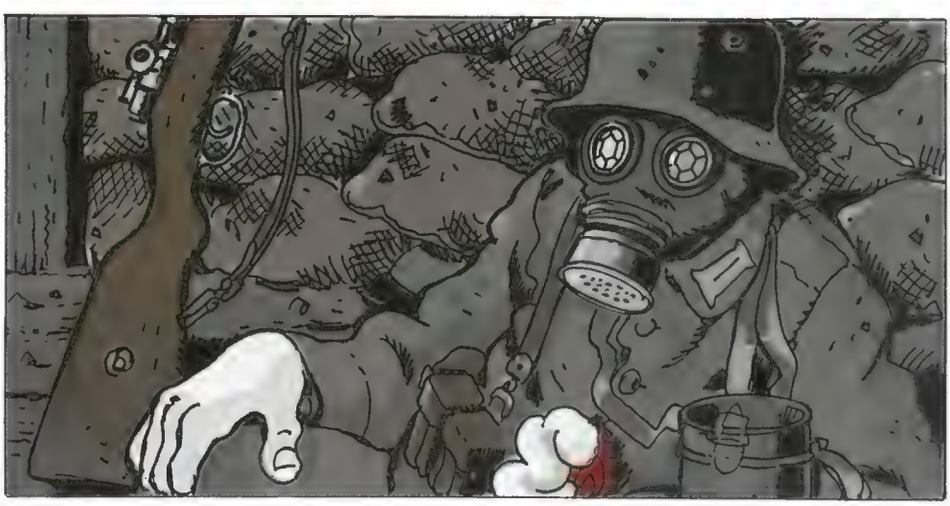


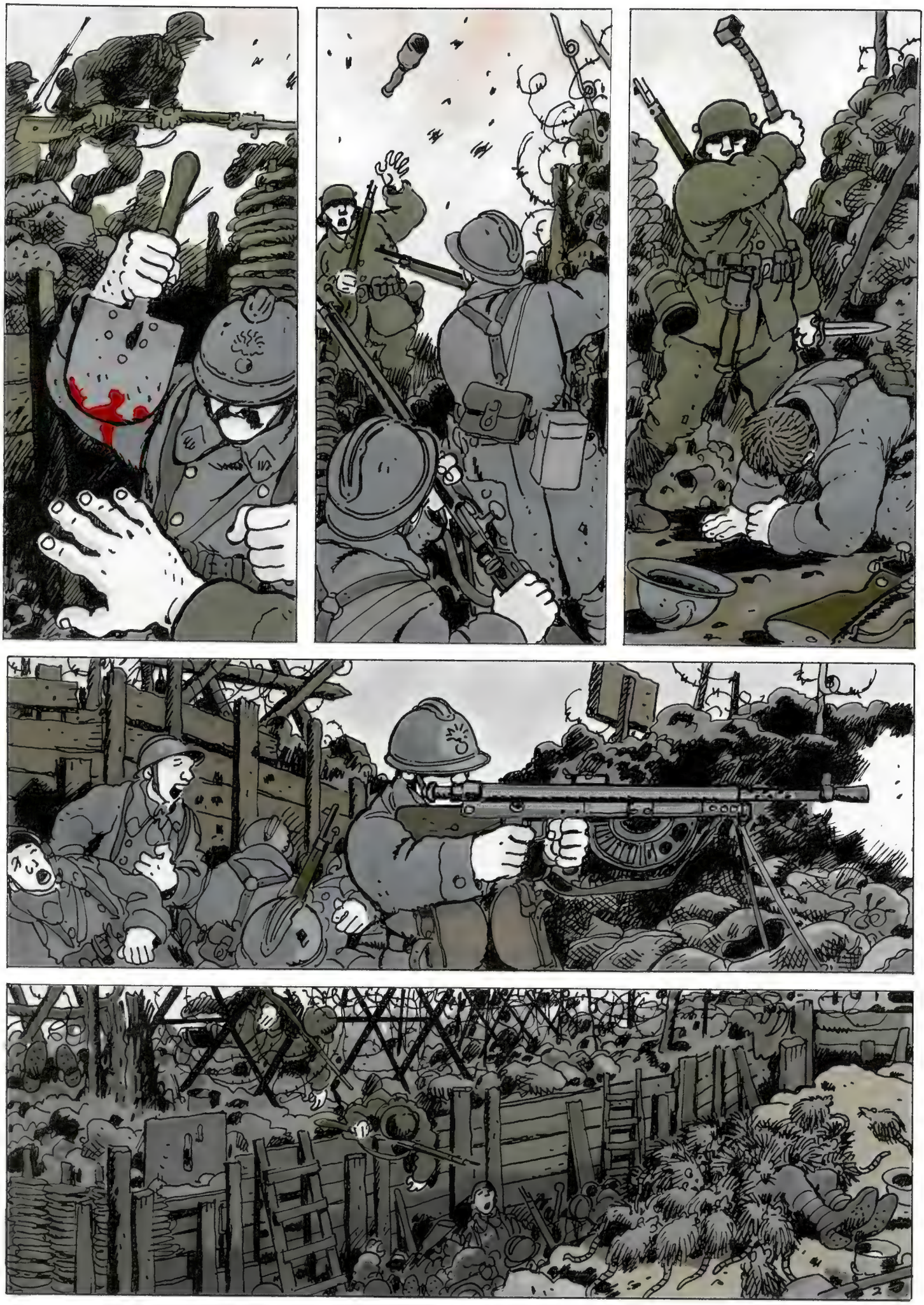












Aturdidos por el estruendo continuo de los cañonazos, totalmente desorientados, perdidos en aquel campo de batalla, avanzábamos penosamente, sin la menor certeza de que nos dirigíamos hacia el objetivo que nos habían asignado.

Con los tímpanos rotos por la bofetada abrasadora del aliento de las deflagraciones más cercanas, nos sagraban los oídos...

Los silbidos agudos de la llegada de obuses quedaban tapados inmediatamente por el estrépito de las explosiones y el ruido sordo de los fragmentos incandescentes que caían al suelo, perforaban el metal, nos arrancaban la cara, nos cortaban las extremidades y nos despanzurraban.

Cegados, con los ojos irritados por los vapores tóxicos y sin aliento, intentábamos sobrevivir un segundo más atrapados en aquel combate idiota, aquel espantoso asalto, aquella contraofensiva supuestamente decisiva... con la que nuestros superiores estaban convencidos de que haríamos retroceder al adversario hasta Berlín.

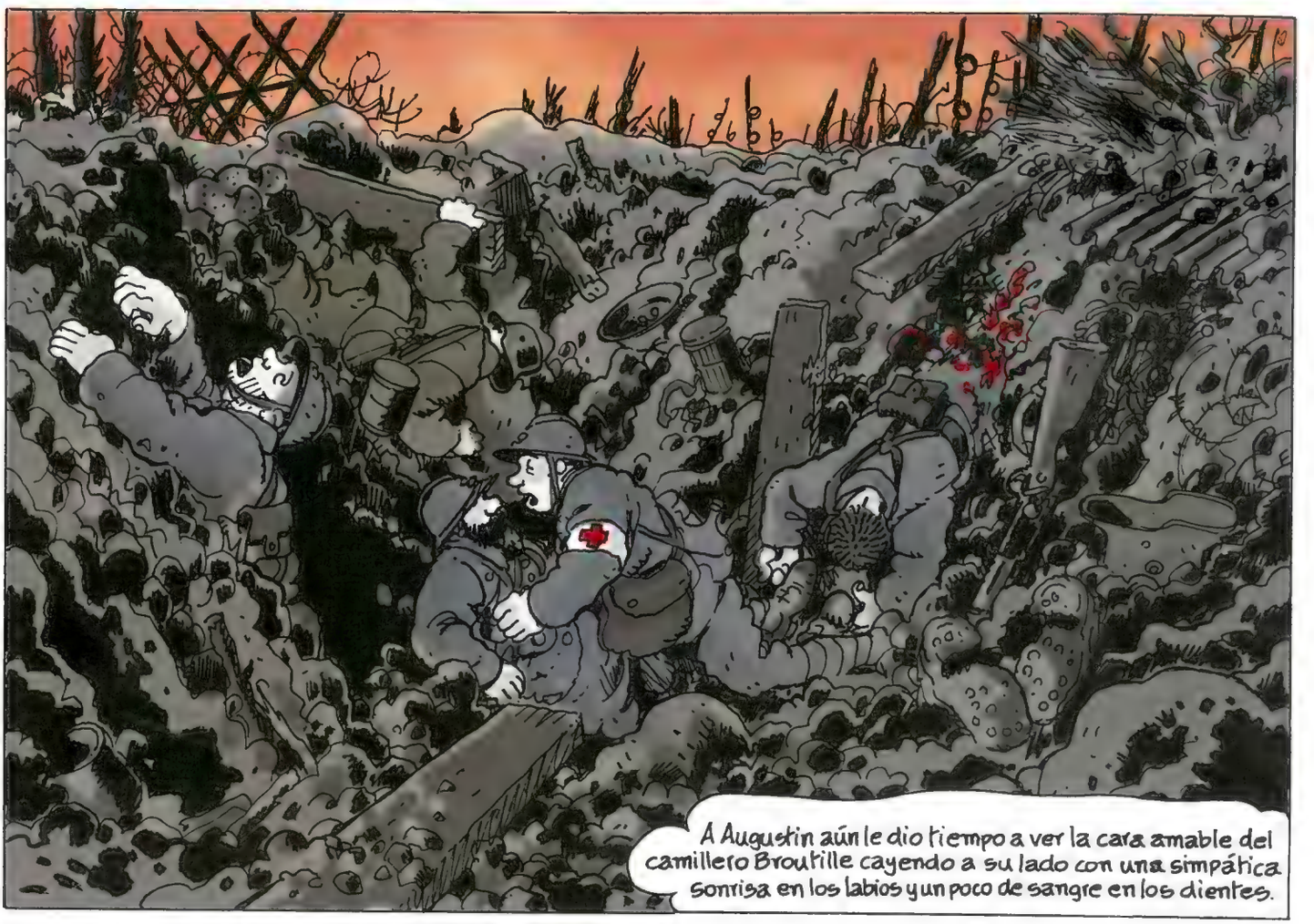
Los proyectiles de todo tipo nos atravesaban la carne, nos destrozaban el cráneo, nos descoyuntaban el cuerpo y nos provocaban heridas horribles por las que se nos escapaban las vísceras...
...y apestaba a vómito y a mierda, y a carne quemada, cuyo olor se mezclaba con el de los tejidos y el cuero carbonizados, y el olor ácido del metal al rojo vivo, el de las armas automáticas, el de los cuerpos de hombres y animales, quemados vivos, aplastados, descuartizados, deshuesados, desmembrados, despanzurrados, eviscerados... monstruosamente mutilados.

La tregua había durado poco. Apenas nos había dado tiempo a recoger a algunos heridos... los más presentables, los que tenían alguna posibilidad de sobrevivir, los que aún tenían fuerza para gritar de dolor y escupirle a Dios a la cara. Los otros, los que era imposible tocarlos y menos aún trasladarlos, los dejábamos allí, tirados en el barro. Pedían que les diésemos de beber, con las tripas a la vista, los huesos triturados, la cabeza hecha puré... Uno no podía ni mirarlos.
Si nos quedaba en la cantimplora, les dábamos un poco de agua que ni siquiera podían deglutir y que se les escapaba lentamente entre los labios exangües. Algunos nos ofrecían su reloj o dinero para que los llevásemos entre los brazos perfumados de una joven y guapa enfermera. No podíamos plantearnos evacuarlos...

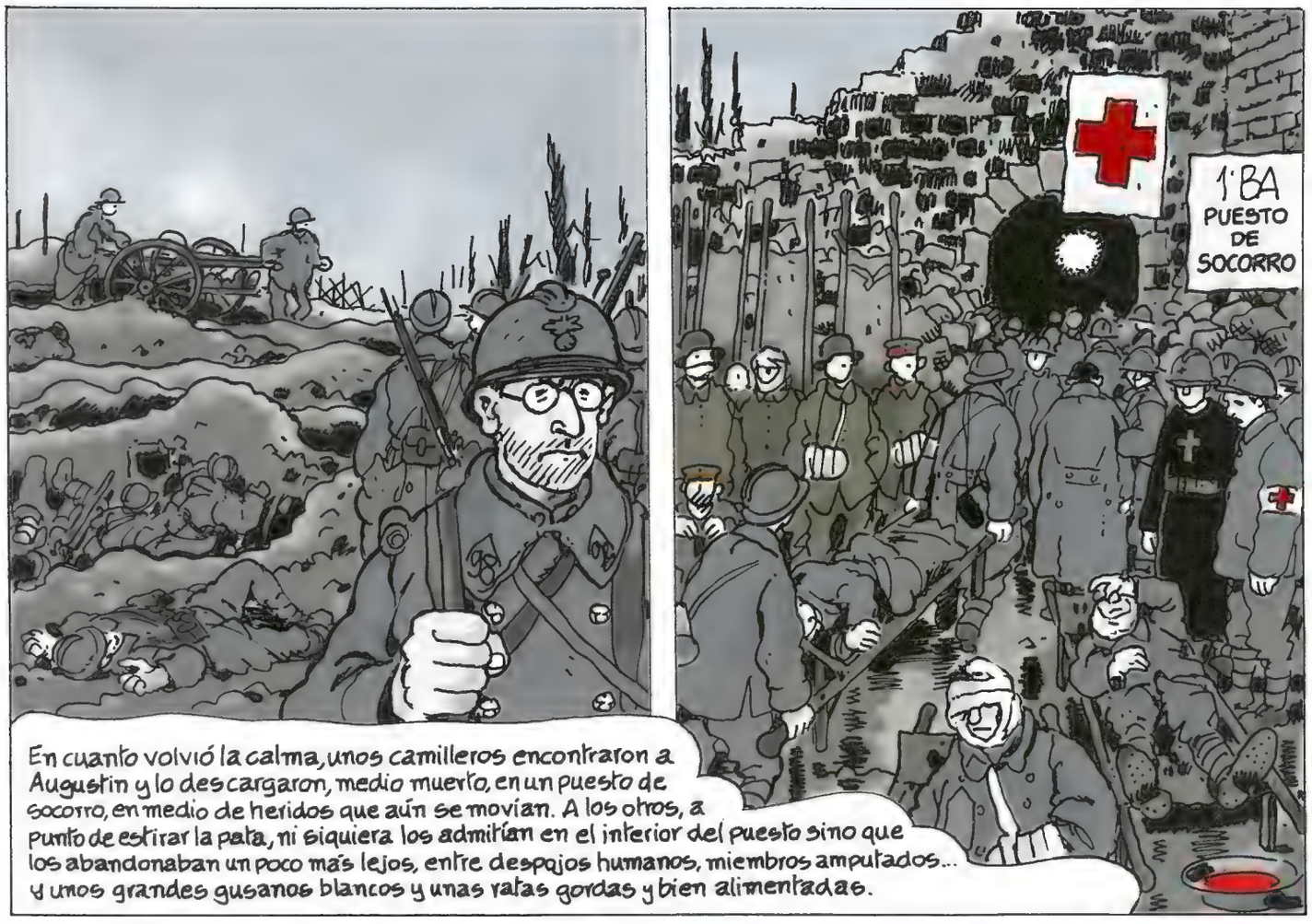
El barbudo se llama Augustin, el otro es Moulinot. Ambos son camilleros del 98.º R.I. El tipo al que acarrean en la camilla no volverá a ver a su mujer y a sus crios. Moulinot no volverá a ver a su madre ni a sus hermanos.
¡Mierda, ya están otra vez esos cabrones!
A
¡Ya está, Augustin! ¡Te ha tocado el gordo! Te van a dar la medalla y pondrán tu nombre en el monumento... "Por Francia". ¡Qué muerte tan bonita!

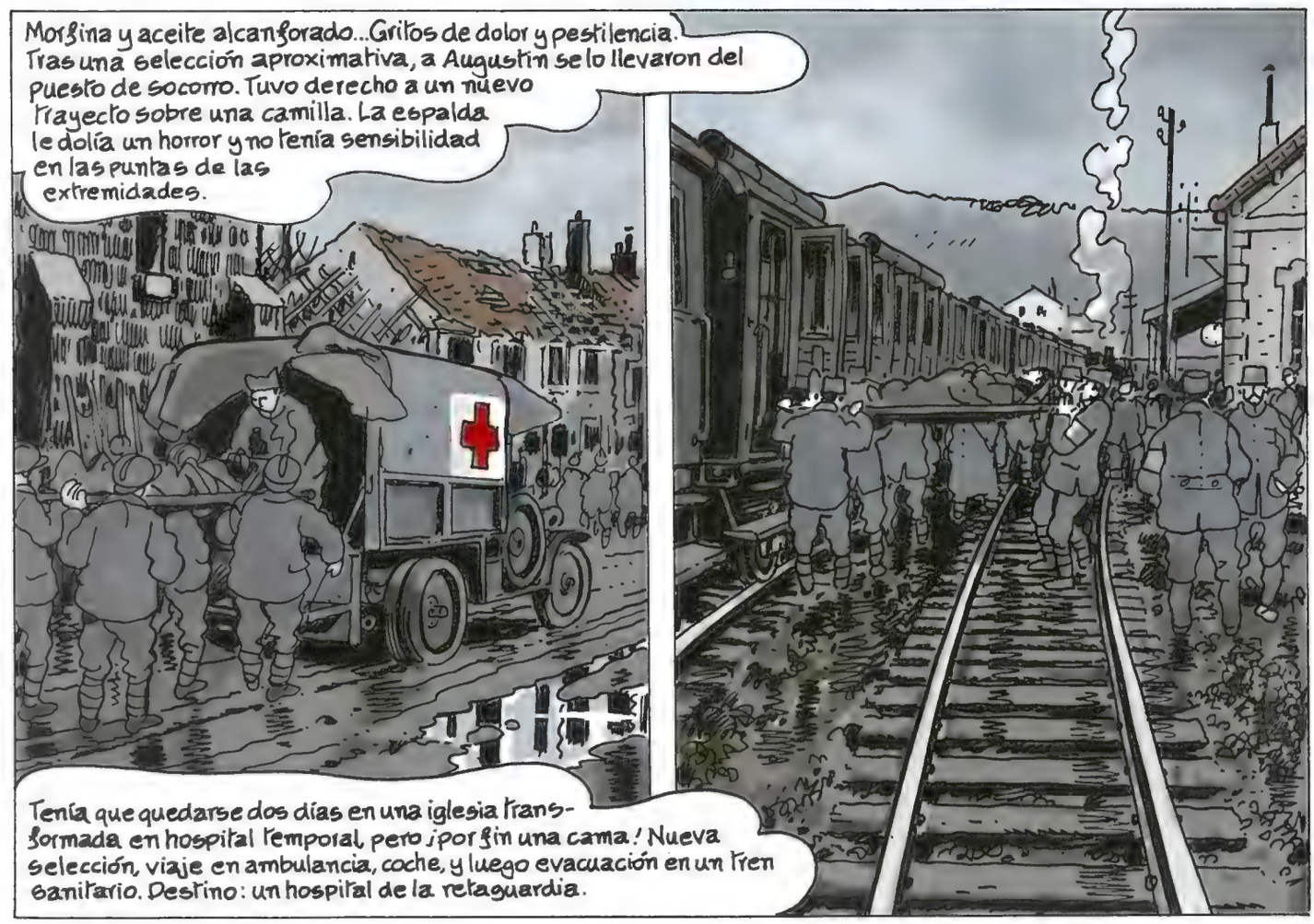
Jodido... ¡estoy jodido! ¡Ah! ¡Mierda, qué tontería! ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda, esto es asqueroso!
¡AUGUSTIN!
Allí estaba el pequeño Broutille, uno de nuestros camilleros, que bajaba deslizándose sobre el culo hasta el fondo del hoyo. "Broutille el Anguila", así lo llamábamos, porque era hábil y rápido para arrastrarse por el barro en busca de tullidos a punto de palmarla. Broutille me caía muy bien, era un chaval de la Assistance... y allí estaba, bajando rápidamente hacia mí.
Estoy jodido... tengo metralla en la espalda... No puedo moverme. Joder, cómo me duele... estoy jodido, Anguila...
Voy a sacarte de aquí, amigo.
Acabo de ver un perro... Es el que me seguía, ¿eh, Broutille? Es el perro que me seguía... ¿no?

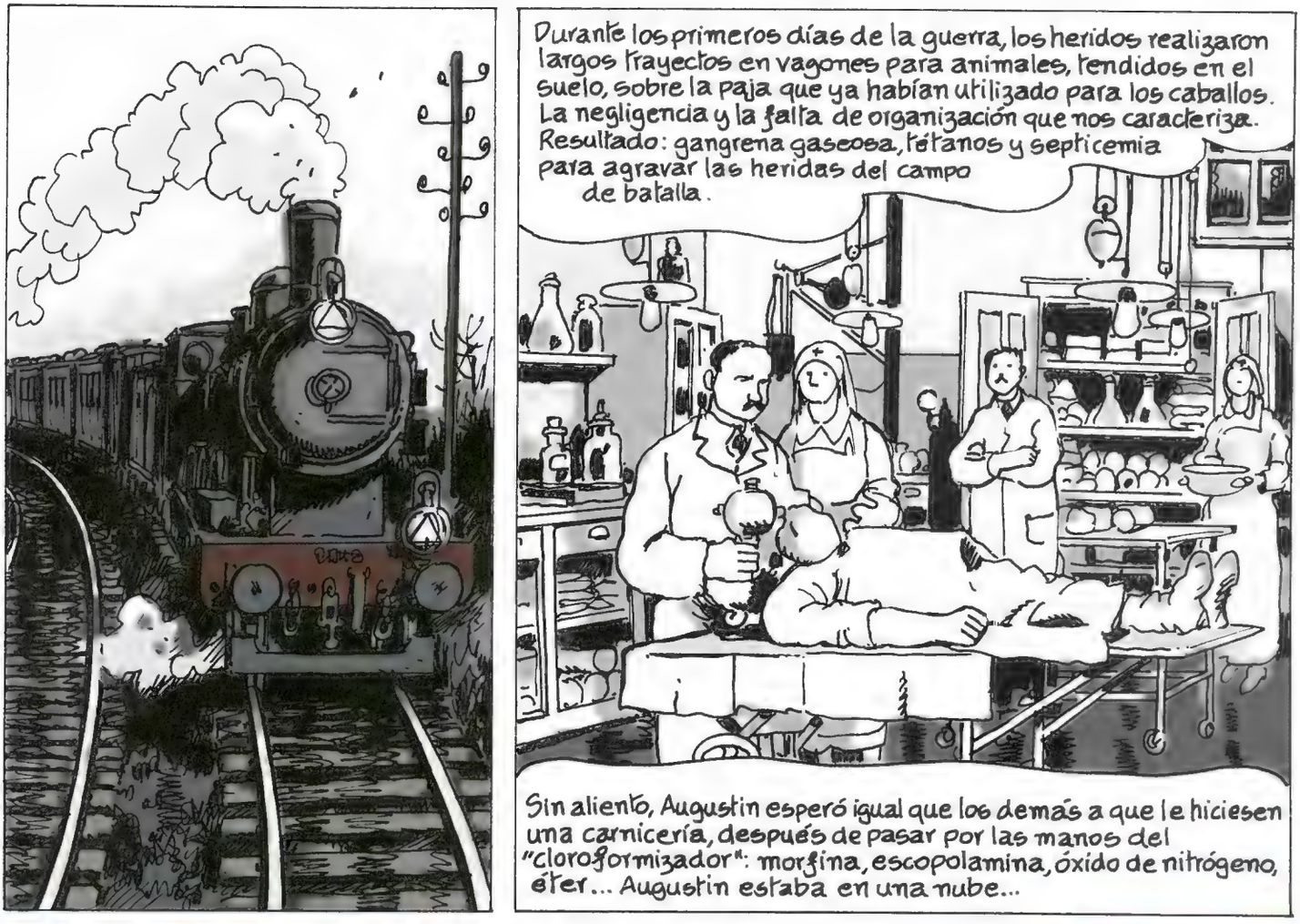
Los perros sanitarios no eran los únicos a los que disparaban, a pesar de su dorsal de neutralidad. No estaba bien, pero como para pedirles a los hombres, después de meterlos allí, que tuviesen un mínimo de sensibilidad... No estaban allí para eso.



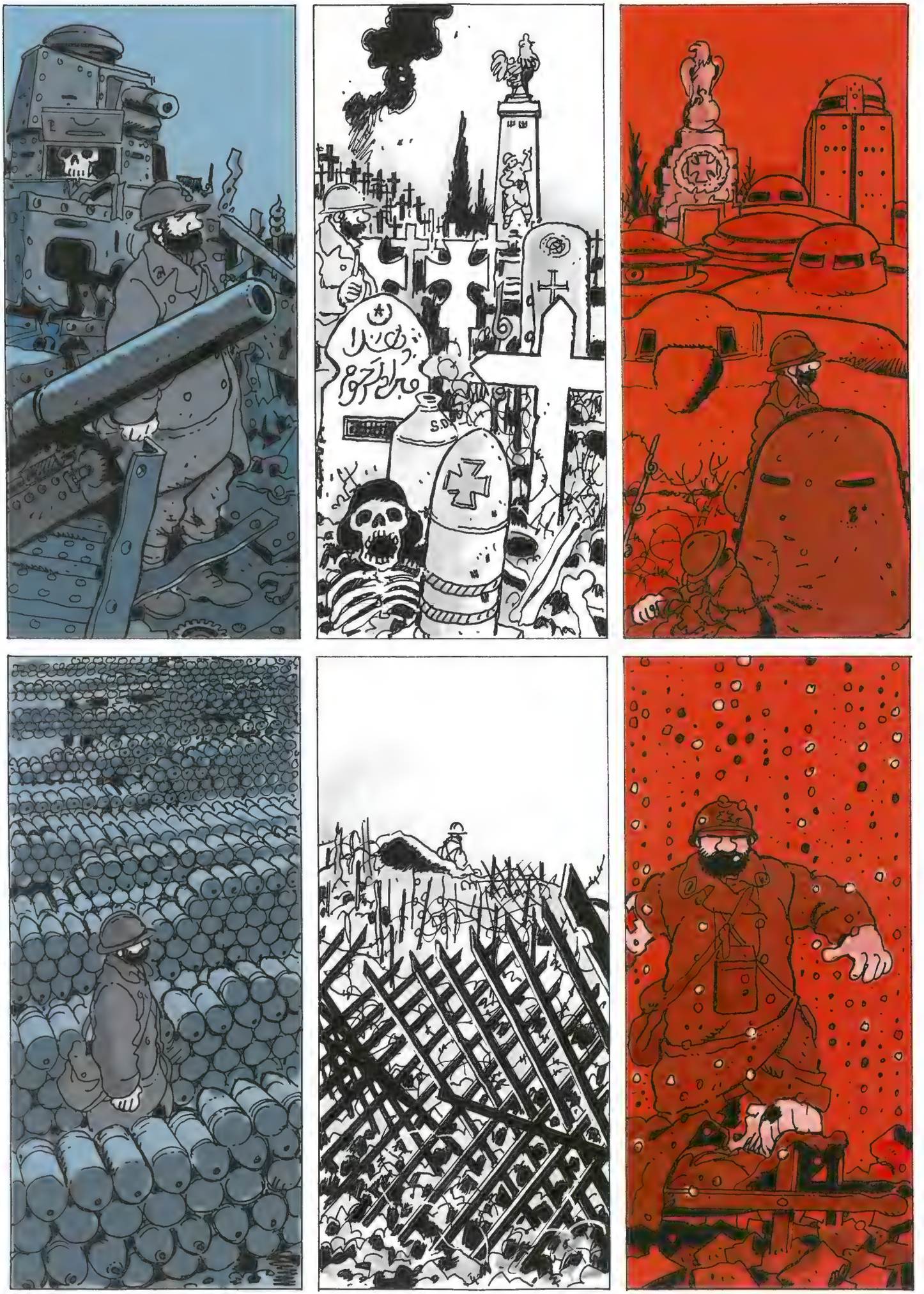
A Augustin aún le dio tiempo a ver la cara amable del camillero Broutille cayendo a su lado con una simpática sonrisa en los labios y un poco de sangre en los dientes.


1°BA
PUESTO DE SOCORRO
En cuanto volvió la calma, unos camilleros encontraron a Augustin y lo descargaron, medio muerto, en un puesto de socorro, en medio de heridos que aún se movían. A los otros, a punto de estirar la pata, ni siquiera los admitían en el interior del puesto sino que los abandonaban un poco más lejos, entre despojos humanos, miembros amputados... y unos grandes gusanos blancos y unas ratas gordas y bien alimentadas.


Morfina y aceite alcanforado... Gritos de dolor y pestilencia. Tras una selección aproximativa, a Augustin se lo llevaron del puesto de socorro. Tuvo derecho a un nuevo trayecto sobre una camilla. La espalda le dolía un horror y no tenía sensibilidad en las puntas de las extremidades.
Tenía que quedarse dos días en una iglesia transformada en hospital temporal, pero ¡por fin una cama! Nueva selección, viaje en ambulancia, coche, y luego evacuación en un tren sanitario. Destino: un hospital de la retaguardia.


Durante los primeros días de la guerra, los heridos realizaron largos trayectos en vagones para animales, tendidos en el suelo, sobre la paja que ya habían utilizado para los caballos. La negligencia y la falta de organización que nos caracteriza. Resultado: gangrena gaseosa, tétanos y septicemia para agravar las heridas del campo de batalla.
Sin aliento, Augustin esperó igual que los demás a que le hiciesen una carnicería, después de pasar por las manos del "clorofórmizador": morfina, escopolamina, óxido de nitrógeno, éter... Augustin estaba en una nube...

AAAAA
¡SOCORRO!
¡SOCORRO! ¡ASESINAN HOMBRES!
¡ASESINAN HOMBRES!
¿Y te extraña? ¡A eso hemos venido!



Atrapado en una tormenta de metralla, Augustin estrangulaba tranquilamente a Grumeau, que gritaba sobre la camilla bajo la mirada burlona de Sauvageon, que ya no estaba muerto, y la mirada reprobadora del capitán de la Colonial, que tomaba notas para el consejo de guerra.

Augustin volvió a subir con dificultad a la superficie. El despertar fue horriblemente doloroso, pero también tuvo derecho a dosis de caballo de morfina, que lo dejaban a merced de espantosas alucinaciones.

Le dijeron que tenía algunas vértebras hechas trizas, un agujero del tamaño de una granada VB explosiva en el pulmón izquierdo, algunas costillas y el esternón fracturados, y la médula espinal destrozada por la metralla que se le había clavado entre los omóplatos.

No podía mover ni las manos ni los pies, que se le habían quedado totalmente insensibles. ¡No era para tirar cohetes! El matasanos no le ocultó que probablemente nunca podría volver a poner un pie delante del otro, si antes no pescaba alguna infección grave en el hospital que se lo llevase por delante.

Los expertos en mutilaciones "planeadas" buscaban sin parar a tipos sospechosos de haberse disparado "a bocajarro" una bala en el brazo izquierdo. Cualquiera hubiese dicho que los médicos militares, más patriotas que nadie, habían jurado mandar a esos hombres al paredón.

Estaban los listos que se metían una bala en el pie (el izquierdo para los diestros) disparando a través de una hogaza de pan para retener la pólvora, cuyas quemaduras los habrían delatado...

Estaban los que se bebían el ácido pícrico de los obuses para pillar una ictericia de mil demonios. También estaban los que se inyectaban un buen escupitajo purulento en el culo para provocarse un magnífico absceso.

Luego estaban los que se metían bajo la piel, con ayuda de una aguja de coser, un hilo que previamente se habían pasado entre los dientes, con la esperanza de que las bacterias alimentarias los infectasen... Mientras tanto, le rezaban a Santa Gangrena, a riesgo de perder un miembro (el derecho para los zurdos).

También estaban los traficantes de emplastos gangrenados y muchos otros trucos más o menos retorcidos.

El mayor daba vueltas alrededor de aquellos pobres, indemnes pero aturdidos, con los nervios a flor de piel, incoherentes, incapaces de mantener el equilibrio o de contestar a la menor pregunta. Esos hombres afectados por la onda expansiva, el aliento de la explosión, eran víctimas de la "obusidad"... así los llamaban.

Para el mayor, no eran más que farsantes, "enchufados del cerebro". Los trataban con descargas. Eran mala gente. El mayor creía en la electroterapia y soñaba con volver a enviarlos a primera línea tan pronto como se les regenerase el patriotismo. Augustin, al menos, se libraba de eso.

Un día celebraron una ceremonia en la sala grande del hospital y repartieron medallas. Un general senil le dio una a Augustin y lo felicitó por su valor y su conducta heroica. ¡Viva Francia!

Bajo el efecto de la morfina, cada noche Augustin tenía la misma pesadilla: a los pies de la cruz, una camilla. Tendido sobre ella, gritando a voz en cuello, Marcel Grumeau, a quien iba a estrangular para que dejase de chillar. Augustin no podía "aliviarse la conciencia" con el capellán. Para él, eso carecía de sentido. Acabó diciéndose que, al fin y al cabo, tampoco era para tanto vivir con aquel asesinato a cuestas... ¡ya se le pasaría!

AAAA

¡Los boches están aquí! Tú ya estás muerto. Estás jodido, Grumeau... Vas a hacer que nos maten, así que voy a hacer que te calles.
¿Te vas a callar? ¡Cierra el pico!
Todas las noches, durante más de dos años, un hombre había acudido a la cabecera de la cama de Augustin. Este hombre lo había escuchado atentamente mientras contaba en sueños, en voz alta y sin la menor variación, el mismo relato... ¡Siempre la misma pesadilla!

Dos años es el tiempo que tardó Marcel Grumeau en tomar la decisión que Augustin esperaba.
Grumeau...
Entonces acabó la guerra.
Pero, desde la primavera, la "gripe española" se estaba empleando a fondo. Ella sola iba a provocar, en todo el mundo, más víctimas que la Primera Guerra Mundial.
FIN
TARDI

ANTES DEL ASALTO...

En primer lugar, enhorabuena a todos aquellos que accedieron a unirse al asalto con Augustin. ¡No fue fácil, hubo metralla, barro y sangre! Enhorabuena y gracias por vuestro magnífico valor y desinterés en servir a la causa de aquellos de los que se abusa sin vergüenza —¡de uno y otro bando!— para enriquecer a los especuladores...

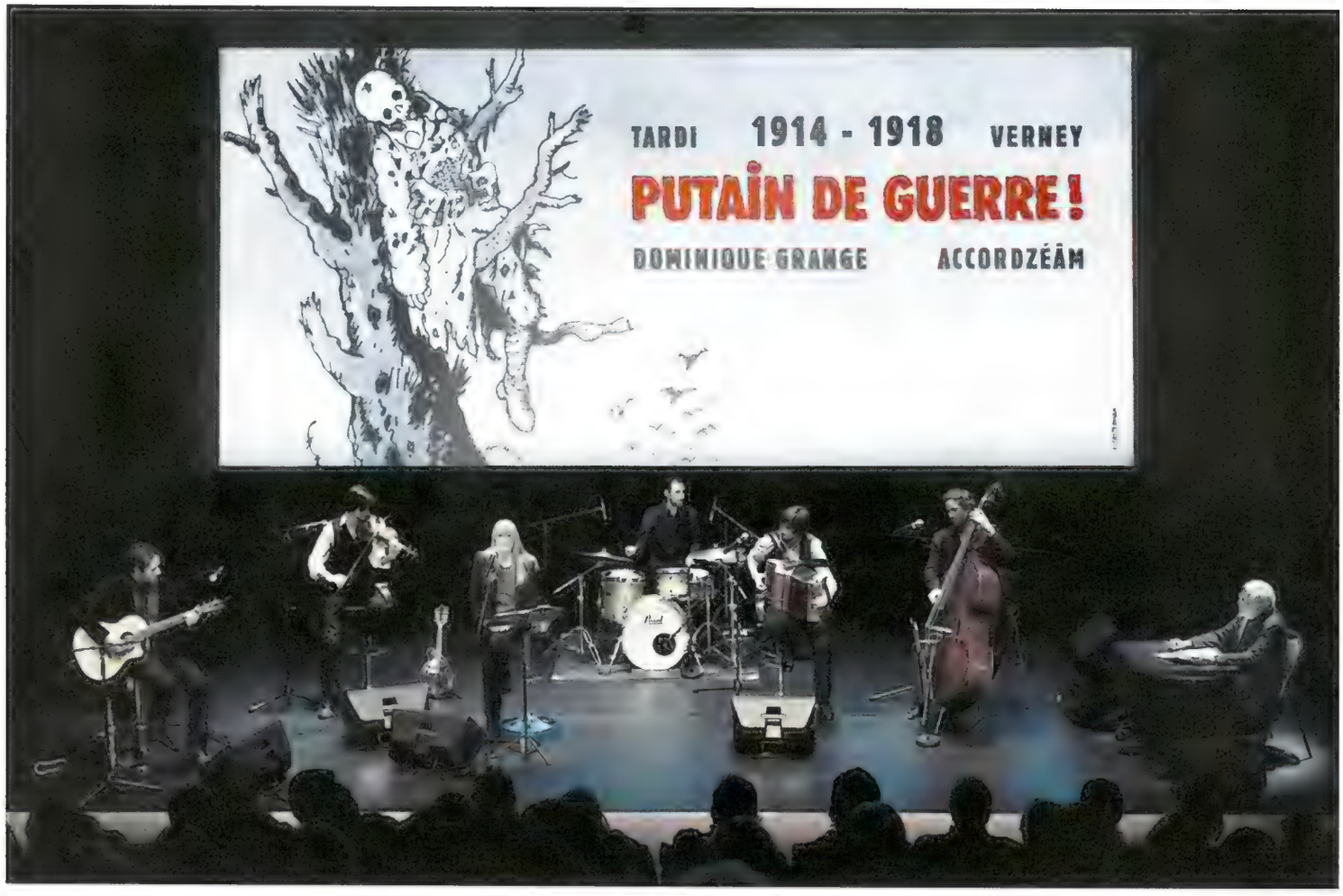
Así que gracias a Accordzéâm,

a Raphaël Maillet (violín, mandolina), a Michaël Bideault (acordeón), a Franck Chenal (batería, percusión), a Nathanaël Malnoury (contrabajo) y Jonathan Malnoury (guitarra, oboe), que acompañan la voz y las canciones de Dominique, en acuerdo —¡y en alma!— con Augustin, Broutille el Anguila, François Paulet, Willie McBride, los pequeños Bantams y todos sus desafortunados compañeros...

Gracias a Anaëlle Trumka por habernos bombardeado felizmente,

al amigo Jean-Luc Ruault por colorear de azul el horizonte,

a Margaux Bideault, la benjamina de nuestro pequeño grupo de refractarios, por su inapelable conclusión a la canción que da título a este álbum, *El último asalto*: «¿Acaso no es hermosa la guerra?».



«¿Lo ha hecho por conmemorar el centenario?». ¡Y dale con la pregunta! Que no, que la conmemoración oficial de esa indescriptible barbarie (¡la Primera Guerra Mundial!) por parte de los sucesores de los bárbaros cien años más tarde (¡los políticos!) nunca ha sido idea de Tardi, pues hace ya unos treinta años que anda —como dicen algunos periodistas encantados con el juego de palabras— ¡metido «en las trincheras»! Esa no era mi intención al escribir, sobre esta gran masacre, una primera canción dedicada a los soldados que murieron a diario por decenas de miles en la ofensiva iniciada en agosto de 1914.

Tardi y yo teníamos en común, como millones de mujeres y hombres de nuestra generación, que nuestros cuatro abuelos partieron al frente por lo que creían que sería una guerra alegre y rápida. Hombres jóvenes en su mayoría, valientes o cobardes, rollizos o enfermizos, comprometidos, casados, ya padres o a punto de serlo, huérfanos, hijos de proletarios, estudiantes, humildes funcionarios, obreros, mineros, trabajadores del acero, agricultores, comerciantes, artesanos... e incluso algunos parados.

Compartimos el shock traumático de esta monstruosa sangría llevada a cabo en todo un pueblo para único interés del vampiro industrial que se alimenta de los beneficios del esfuerzo de guerra y de lo que reporta a las grandes empresas capitalistas que cotizan en Bolsa. Ninguna familia esquivó el golpe, aunque sus consecuencias resultaban más dramáticas para unas que para otras. Pero esos millones de muertos, heridos, amputados, mutilados, traumatizados, todos ellos tenían familia, grupos de amigos. Pertenecían a un lugar y tenían compañeros de trabajo. Eran de una ciudad, una aldea, un barrio en el que eran conocidos, respetados, amados sin duda por alguien... Por eso allí donde vivían, trabajaban, intercambiaban y compartían se estableció un vacío, más o menos doloroso. Y cada vez que uno de ellos no volvía a ocupar su lugar, algo temblaba en la cabeza o en el corazón de aquellos que esperaban su regreso y ahora tendrían que vivir con una frase como única respuesta a sus muchas preguntas, una frase anónima que servía para todo el mundo y que podía justificar cualquier tipo de desaparición: «¡Muerto por Francia!».

Cuando éramos niños, este trauma familiar nos fue relatado a ambos mediante las historias de nuestros abuelos, dejando en nuestra imaginación marcas indelebles que tuvimos que exorcizar de alguna manera, dándole vida de nuevo a algunos de esos destinos brutalmente detenidos, sacrificados en el altar del crimen masivo legalizado que es la guerra. Eso es lo que quisimos transmitir al público al presentar con los músicos del grupo Accordzéâm nuestro espectáculo «¡Puta guerra!» con textos, canciones y dibujos entremezclados... ¡Contra la guerra, contra todas las guerras!

El último asalto es el título del nuevo álbum de Tardi que tienes en tus manos. También es el título de una de mis canciones más recientes. ¡Su personaje principal, el camillero Broutille, apodado «Branco Broutille» (de «brancardier», «camillero» en francés. «Broutille» también significa «bagatela, nimiedad, trivialidad») o «Broutille el Anguila» probablemente se haya escapado de su disco para colarse entre las canciones del CD que lo acompaña! No fue un desliz cuidadosamente planeado, ocurrió de forma muy natural. No hace falta buscarle razones al hecho de que nuestras respectivas historias a veces se entrecruzan, se superponen, coinciden los nombres y los personajes, se mezclan situaciones o se completan detalles técnicos, como en «¡Déjame pasar, centinela!», respecto a la formación del pelotón de fusilamiento... ¡A saber!

En cualquier caso, lo que sí sé es que nuestros abuelos están muy presentes durante todo el espectáculo, y cada vez que este se termina, justo después de que Tardi evoque la muerte de su abuelo materno a la edad de 22 años, en Sucrerie de Gernemont, en el Aisne, la emoción del público se hace palpable y a veces ruedan lágrimas silenciosas sobre rostros conmovidos. «¿Lo ha hecho por conmemorar el centenario?». ¡Y dale otra vez! ¡Este tarado no ha entendido absolutamente nada! ¿O es que no he sido lo suficientemente clara?

Dominique GRANGE

PETITS MORTS DU MOIS D'AOUT

Música y letra de Dominique GRANGE

(© Éditions AMOC)

1. Dans les champs d'herbe verte
La guerre était tapie
Sa gueule grande ouverte
Et les voilà sans vie
En plein cœur de l'été
Ils avaient pris la route
Et les voilà tombés
Petits morts du mois d'août *(bis)*

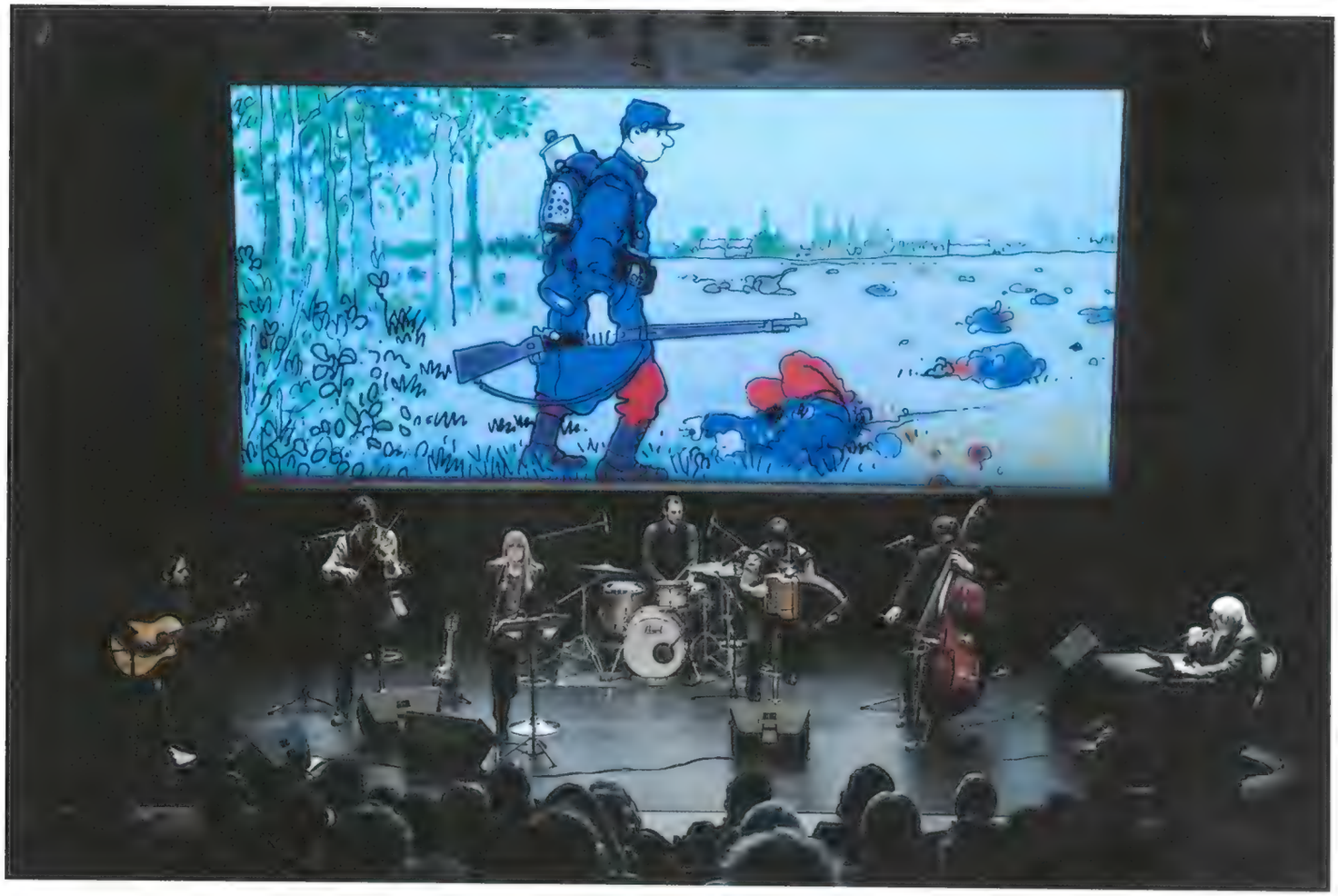
2. Ils vinrent de toute part
Sénégalais, Normands,
Corses, Basques, Occitans
Algériens, Savoyards,
Auvergnats ou Bretons…
Et quoi qu'il leur en coûte,
Tous ont rejoint le front
Petits morts du mois d'août *(bis)*

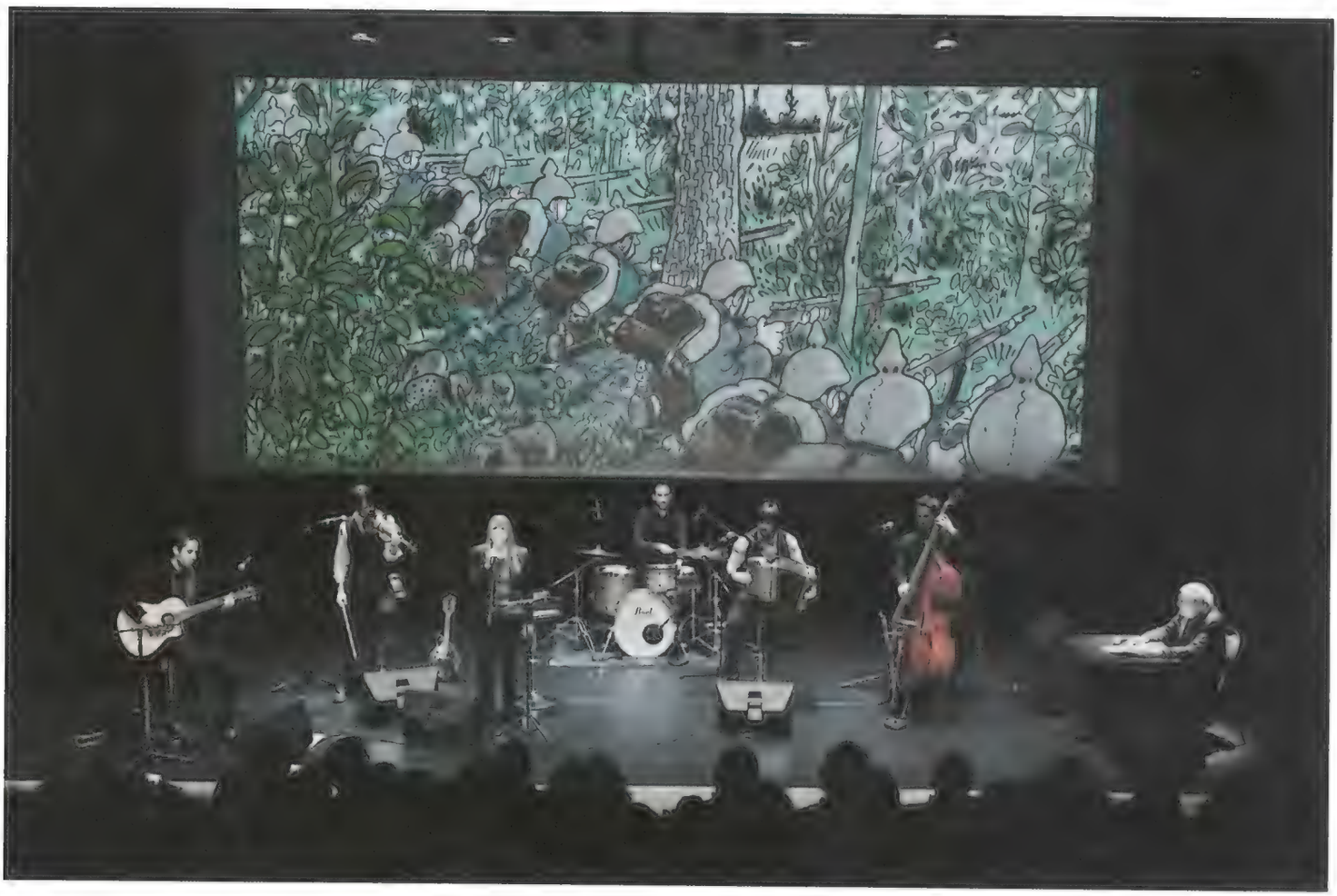
3. L'ouragan des combats
Ils n'y survivront pas
La moisson est rentrée
Et les voilà fauchés
Ils n'auront pas le temps
De fêter leurs vingt ans
Les voici enterrés
Petits morts de l'été *(bis)*

4. Premiers morts de la guerre
Condamnés sans sursis
Petits morts de l'hiver
Atroce boucherie
Adieu les fiancées
Au village tranquille
Bienvenue aux tranchées
Petits morts inutiles *(bis)*

5. Cibles de premier choix
En pantalons garance
Ils n'imaginaient pas
De mourir pour la France
La guerre veut son comptant
De tripaille et de sang
Jusqu'à la dernière goutte…
Petits morts du mois d'août *(bis)*

6. Dans les champs d'herbe verte
La guerre était tapie
Sa gueule grande ouverte
Et les voilà sans vie…
Petits morts du mois d'août…
Jusqu'à la dernière goutte !





LUCHADORES PESO GALLO

Texto de TARDI

El pequeño ejército profesional inglés carecía de medios. «¡Vuestro rey y vuestro país os necesitan!», rezaban los carteles. Tras esto hubo un enorme fervor patriótico y miles de inscritos. Bastaba con ser «de pura ascendencia europea» para ser reclutado por el cuerpo expedicionario y enviado a luchar con los comedores de ranas.

Había voluntarios bajitos e incluso chavales que habían falsificado su documentación que se reunían en batallones de amigos, ya que eran aceptados aunque solo midieran metro y medio. Además, ir a la aventura con los amigos del barrio, los que se había conocido en la escuela y en la fábrica, era tranquilizador. ¡Incluso teniendo en cuenta el riesgo de acabar un día codo a codo en una fosa común!

Estos pequeños soldados son los *bantams*... Luchadores de peso gallo, pequeños gallos de pelea, poco más grandes que sus armas... Esto lo confirmó Augustin.

Pero estos hombres, que llevaban sobre sus espaldas tanto peso como los demás y que debían esforzarse tanto como los «mayores», quedaban exhaustos muy rápidamente y eran un desastre en el combate —¡El 35º Bantam nunca le dio ni una satisfacción a sus queridos líderes!—. ¡Así que se les acusó de cobardes congénitos, degenerados físicos y mentales, soldados inútiles, una vergüenza para el Imperio Británico! Sir Edmund Allenby, al mando del Tercer Ejército, mandó fusilar sistemáticamente a todos aquellos que no cumplieran con las expectativas de la Corona, para que sirvieran de ejemplo...

God save the King!

LA COMPLAINTE DES BANTAMS

Música y letra de Dominique GRANGE

1. Enfants de prolétaires, robustes petits hommes
Engagés volontaires dans l'enfer de la Somme
Vous veniez d'Angleterre, de Cardiff, de Durham
Pour fuir la misère au 35e Bantam
Les fermetures d'usine, le chômage et la faim
Les grèves dans les mines, l'espoir sans lendemain
Vous ont contraints à suivre l'élan patriotique
Et à vous engager dans l'armée britannique

Humiliés, discriminés, arbitrairement jugés
Envoyés au poteau ou aux travaux forcés
Mais parmi les victimes, vos noms furent oubliés
Oubliés les Bantams, ad vitam aeternam !

2. Ils vous ont affublés du nom de ces volailles
Parce que vous étiez des gars de petite taille
Petits coqs de combat réputés de bonne race
Vous êtes tombés là-bas, dans les tranchées d'Arras
Les ordres mal compris, le manque de munitions
Et les tirs d'artillerie trop courts pour vos missions
Votre compte était bon, pauvres boucs émissaires
Ployant sous le fardeau du barda militaire

Humiliés, discriminés, arbitrairement jugés
Envoyés au poteau ou aux travaux forcés
Mais parmi les victimes, vos noms furent oubliés
Oubliés les Bantams, ad vitam aeternam !

3. Jugés dégénérés, au physique, au mental
L'armée vous a traduits devant des cours martiales
Vous plaidiez « non coupable ! », n'ayant pas déserté
Mais n'étiez défendus par aucun officier
Masquant l'incompétence du haut commandement
On vous a condamnés, médiocres combattants
Pour abandon de poste ou bien pour lâcheté
Et pour des « négligences » on vous a fusillés !

Humiliés, discriminés, arbitrairement jugés
Vous n'êtes pas entrés dans l'Histoire
A vous cette complainte, hommage à vos mémoires
La mémoire des Bantams, ad vitam aeternam ! *(bis)*

LAISSE-MOI PASSER, SENTINELLE!

Letra de Dominique GRANGE, música de Philippe MIRA

(© Éditions AMOC)

1. Laisse-moi passer, sentinelle !
Ecarte-toi !
Depuis des jours suis sans nouvelles
D'un soldat
Un poilu que j'aime et qui m'aime
Et dont je porte en moi l'enfant
Un homme dont je ne sais pas même
S'il est mort ou s'il est vivant

2. Halte-là, petite ! En arrière !
On n'passe pas !
Ignores-tu donc qu'on est en guerre
Et qu'on se bat ?
Quelque part, sous la mitraille
Ton poilu rampe dans la boue
C'est pas le temps des retrouvailles
Pour les fillettes et leurs pioupious !

3. Au moins, si tu es honnête homme
Ecoute-moi !
Le père de mon enfant se nomme
Paulet François
Tu le connais, j'en suis certaine
Car il est de ton régiment
Paulet François, né à Varennes…
Sentinelle, est-ce que tu m'entends ?

4. Madame, retournez-vous en
D'où vous venez !
Nos chefs ont fait de votre amant
Un condamné
Pour avoir, au jour qui s'achève
Au carnage opposé la grève
Il sera fusillé demain
Pour l'exemple, au petit matin

5. Laisse-moi passer, sentinelle !
Ecarte-toi !
Depuis des jours suis sans nouvelles
D'un soldat
Un poilu que j'aime et qui m'aime
Et dont je porte en moi l'enfant
Un homme, dont je ne sais pas même
S'il est bien celui que tu prétends…

6. On l'attachera au poteau
D'exécution
On voudra lui mettre un bandeau
Il dira Non !
Visant le cœur dans la poitrine,
Douze hommes le mettront en joue
Mais ce soldat qu'on assassine,
C'est un héros qui meurt debout !

7. Laisse-moi passer, sentinelle
Et conduis-moi
Au bout de cette nuit cruelle
Vers mon François !
Soyez cloués au pilori
Du mensonge et du déshonneur
Bourreaux qui lui volez sa vie,
Bouchers qui m'arrachez le cœur !

Moi je dirai à notre enfant
Qui verra le jour au printemps
Qu'il peut être fier de son père
Putain de guerre !

LA LEYENDA DEL SOLDADO MUERTO

La leyenda del soldado muerto la escribió Bertolt Brecht en 1918, cuando fue reclutado como médico en Augsburgo. Brecht solo tenía 20 años y el ejército alemán necesitaba manos. Tanto ancianos como hombres muy jóvenes eran reclutados y enviados al frente. El pueblo decía: «Se desentierra a los muertos para que sirvan en la guerra». Esto fue probablemente lo que inspiró a Brecht este texto que relata cómo el Káiser desentierra a un soldado, muerto con honores de héroe, y que será nuevamente declarado apto para la guerra por una junta médica militar después de haberlo emborrachado y paseado por un pueblo con hermosas enfermeras colgadas de su brazo, al ritmo de la música de la banda municipal y del bombo, que reúne a los habitantes y excita a gatos y perros, ¡pues con esto deben lograr revivir el cadáver para que vuelva al frente y muera de nuevo cual héroe!

Esta canción es un grito de odio contra la guerra, contra el orden establecido, contra los burgueses, los generales, los sacerdotes y todos los que exaltan las virtudes del heroísmo y el patriotismo para servir a los intereses comerciales de los traficantes de cañones y otros empresarios.

DIE LEGENDE VOM TOTEN SOLDATEN

Bertolt Brecht (Verano de 1918)

(extraído de *Werke. Große kommentierte Berliner und Frankfurter Ausgabe, Band 11: Gedichte 1* por Bertolt-Brecht. © Bertolt-Brecht-Erben / Suhrkamp Verlag 1988.)

1. Und als der Krieg im vierten Lenz
Keinen Ausblick auf Frieden bot
Da zog der Soldat seine Konsequenz
Und starb den Heldentod.
Der Krieg war aber noch nicht gar
Drum tat es dem Kaiser leid
Daß sein Soldat gestorben war:
Es schien ihm noch vor der Zeit.

2. Der Sommer zog über die Gräber her
Und der Soldat schlief schon
Da kam eines Nachts eine militärische
ärztliche Kommission.
Es zog die ärztliche Kommission
Zum Gottesacker hinaus
Und grub mit geweihtem Spaten den
Gefallnen Soldaten aus.

3. Der Doktor besah den Soldaten genau
Oder was von ihm noch da war
Und der Doktor fand, der Soldat war k. v.
Und er drückte sich vor der Gefahr.
Und sie nahmen sogleich den Soldaten mit
Die Nacht war blau und schön.
Man konnte, wenn man keinen Helm aufhatte
Die Sterne der Heimat sehn.

4. Sie schütteten ihm einen feurigen Schnaps
In den verwesten Leib
Und hängten zwei Schwestern in seinen Arm
Und ein halb entblößtes Weib.
Und weil der Soldat nach Verwesung stinkt
Drum hinkt ein Pfaffe voran
Der über ihn ein Weihrauchfaß schwingt
Daß er nicht stinken kann.

5. Voran die Musik mit Tschindrara
Spielt einen flotten Marsch.
Und der Soldat, so wie er's gelernt
Schmeißt seine Beine vom Arsch.
Und brüderlich den Arm um ihn
Zwei Sanitäter gehn
Sonst flöge er noch in den Dreck ihnen hin
Und das darf nicht geschehn.

6. Sie malten auf sein Leichenhemd
Die Farben Schwarz-Weiß-Rot
Und trugen's vor ihm her; man sah
Vor Farben nicht mehr den Kot.
Ein Herr im Frack schritt auch voran
Mit einer gestärkten Brust
Der war sich als ein deutscher Mann
Seiner Pflicht genau bewußt.

7. So zogen sie mit Tschindrara
Hinab die dunkle Chaussee
Und der Soldat zog taumelnd mit
Wie im Sturm die Flocke Schnee.
Die Katzen und die Hunde schrein
Die Ratzen im Feld pfeifen wüst:
Sie wollen nicht französich sein
Weil das eine Schande ist.

8. Und wenn sie durch die Dörfer ziehn
Waren alle Weiber da
Die Bäume verneigten sich, Vollmond schien
Und alles schrie hurra!
Mit Tschindrara und Wiedersehn!
Und Weib und Hund und Pfaff!
Und mitten drin der tote Soldat
Wie ein besoffner Aff.

9. Und wenn sie durch die Dörfer ziehn
Kommt's, daß ihn keiner sah
So viele waren herum um ihn
Mit Tschindra und Hurra.
So viele tanzten und johlten um ihn
Daß ihn keiner sah.
Man konnte ihn einzig von oben noch sehn
Und da sind nur Sterne da.

10. Die Sterne sind nicht immer da
Es kommt ein Morgenrot.
Doch der Soldat, so wie er's gelernt
Zieht in den Heldentod.

HAPPY BIRTHDAY, WILLIE !

Texto de TARDI

Cerca de una camilla, probablemente caída del bolsillo de uno de los cadáveres, Augustin había recogido una pequeña pitillera de metal. Contenía una carta doblada que Augustin trató de leer. No lo entendía todo, pero una madre le deseaba un «feliz cumpleaños» en el frente a alguien llamado Willie, uno de su hijos, que acababa de cumplir 19 años. También le decía que tuviera cuidado con las francesitas, que contagian enfermedades...

¿Cuál de aquellos muertos era Willie McBride? Augustin dobló la carta en la cajita y la colocó de nuevo donde la había encontrado. No podía dejar de pensar en ese niño. No podía dejar de desear que hubiera muerto rápidamente, «limpiamente», al instante y sin sufrimiento. Pensaba también en su madre, que había enviado esa carta y que, a su vez, pronto recibiría otra terrible anunciando la muerte de su hijo William.

A ello le seguiría una medalla de bronce bastante fea.

NO MAN'S LAND

Música y letra de Eric BOGLE

(© Happy As Larry Music Pub Pty Ltd / PLD Music Limited)

1. Well, how do you do, Private Willie McBride,
Do you mind if I sit down here by your graveside?
And rest for a while in the warm summer sun,
I've been walking all day, and I'm nearly done.
And I see by your gravestone you were only nineteen
When you joined the glorious fallen in nineteen sixteen,
Well, I hope you died quick and I hope you died clean
Or, Willie McBride, was it slow and obscene?...

Did they beat the drum slowly,
Did they sound the fifes lowly?
Did the rifles fire o'er ye as they lowered you down?
Did the bugles sing «The Last Post» in chorus?
Did the pipes play «The Flowers of the Forest»?

2. And did you leave a wife or a sweetheart behind
In some loyal heart is your memory enshrined?
And though you died back in nineteen sixteen,
To that loyal heart are you forever nineteen?
Or are you a stranger without even a name,
Forever enshrined behind some glass pane,
In an old photograph, torn and tattered and stained,
And fading to yellow in a brown leather frame?...

Did they beat the drum slowly,
Did they sound the fifes lowly?
Did the rifles fire o'er ye as they lowered you down?
Did the bugles sing «The Last Post» in chorus?
Did the pipes play «The Flowers of the Forest»?

3. The sun's shining now on these green fields of France
The warm wind blows gently, and the red poppies dance
The trenches have vanished long under the plough
No gas, no barbed wire, no guns firing now
But here in this graveyard it's still «No Man's Land»
The countless white crosses in mute witness stand
To man's blind indifference to his fellow man…
And a whole generation who were butchered and damned.

Did they beat the drum slowly,
Did they sound the fifes lowly?
Did the rifles fire o'er ye as they lowered you down?
Did the bugles sing «The Last Post» in chorus?
Did the pipes play «The Flowers of the Forest»?

4. And I can't help but wonder, Private Willie McBride,
Do all those who lie here know why they died?
Did you really believe them when they told you «The Cause»?
Did you really believe that this war would end wars?
Well the suffering, the sorrow, the glory, the shame
The killing, the dying, it was all done in vain,
For Willie McBride, it all happened again…
And again and again and again and again!

Did they beat the drum slowly,
Did they sound the fifes lowly?
Did the rifles fire o'er ye as they lowered you down?
Did the bugles sing «The Last Post» in chorus?
Did the pipes play «The Flowers of the Forest»?

O GORIZIA

Canción anónima, prohibida en el frente, y que evoca la masacre de Gorizia en agosto de 1916, en el este de Italia, una de las más mortíferas con cerca de 200.000 muertos en pocos días.

La mattina del cinque di agosto
Si muovevano le truppe italiane
Per Gorizia le terre lontane
E dolente ognun si partì

Sotto l'acqua che cadeva al rovescio
Grandinavano le palle nemiche
Su quei monti, colline, gran valli
Si moriva dicendo così

O Gorizia tu sei maledetta
Per ogni cuore che sente coscienza
Dolorosa ci fu la partenza
E il ritorno per molti non fu

O vigliacchi che voi ve ne state
Con le mogli sui letti di lana
Schernitori di noi carne umana
Questa guerra c'insegni a punir

Voi chi amate il campo d'onore
Questa terra di là dei confini
Qui si muore gridando assassini
Maledetti sarete un dì

Cara moglie che tu non mi senti
Raccomando ai compagni vicini
Di tenermi da conto i bambini
Che io muoio il tuo nome nel cuor

Traditori signori ufficiali
Questa guerra l'avete voluta
Scannatori di carne venduta
E rovina della gioventu

O Gorizia tu sei maledetta
Per ogni cuore che sente coscienza
Dolorosa ci fu la partenza
E il ritorno per tutti non fu.

AU RAVIN DES ENFANTS PERDUS

« Chanson pour Vauquois »

Música y letra de Dominique GRANGE

(© Éditions AMOC)

1. Brouillard sur la forêt d'Argonne
Le vent souffle vers Montfaucon
Nous voici bientôt en automne
Mais la guerre ignore les saisons
Demain les combats feront rage
Une pluie de feu s'abattra
Rayant de la carte un village
Sur la colline de Vauquois
Aucun oiseau ne chante plus
Au Ravin des enfants perdus *(bis)*

2. La pluie a fait place à la neige
Sur les arbres aux troncs calcinés
Pour le bon plaisir des stratèges
La guerre alors s'est enterrée
A Vauquois, sous les amas de ruines
On creuse sapes et galeries
Pendant quatre ans, la guerre des mines
Va cracher la mort sans répit
Aucun oiseau ne chante plus...
Au Ravin des enfants perdus *(bis)*

3. Les poux, la vermine et la crasse,
La puanteur, les rats, la boue
Les pieds pourris dans les godasses
Les pilonnages qui rendent fou
La peur étreint les camarades
Au lance-flammes, mourir grillé
Aux gaz moutarde, à la grenade…
Leur fosse commune, c'est la tranchée !
Aucun oiseau ne chante plus...
Au Ravin des enfants perdus *(bis)*

4. Dans le vacarme abominable
A l'assaut, de nuit comme de jour
Des hommes tombent innombrables
Et agonisent sans secours
L'épouvante après l'hécatombe
Les cris des blessés, des mourants
Nombre d'entre eux n'auront pour tombe
Qu'un champ de boue gorgé de sang
Aucun oiseau ne chante plus...
Au Ravin des enfants perdus *(bis)*

5. Dans les cratères du champ d'Horreur
Dans les béances des trous d'obus
Les insectes, les arbres et les fleurs
Emportés avec les Poilus…
Cette nature, ces êtres de chair
Comment les tirer de l'oubli ?
En refusant toutes les guerres
Celles de demain, celles d'aujourd'hui !

Nous n'voulons plus de ces souffrances
La vie s'arrête où la guerre commence…
Aucun oiseau ne chante plus
Au Ravin des enfants perdus *(bis)*

ENGANCHADO EN EL ALAMBRE DE ESPINO

Texto de TARDI

Al volver hacia la retaguardia, los Tommies cantaban a voz en grito una canción de la que Augustin no entendió nada. ¿Y qué decía la canción? Hablaba del general que cuelga su medalla a su hermoso uniforme, del coronel al que todo le importa un bledo, del sargento que se pimpla todo el ron del regimiento... ¡También del soldado que se pudre, enganchado al alambre de espino!

HANGING ON THE OLD BARBED WIRE

(Anónimo del Ejército Británico)

Melodía adaptada de una marcha militar: «The British Grenadiers»

1. If you want to find the General,
I know where he is, I know where he is,
I know where he is.
If you want to find the General,
I know where he is,
He's pinning another medal on his chest
I saw him, I saw him
Pinning another medal on his chest *(bis)*

2. If you want to find the Colonel
I know where he is, I know where he is,
I know where he is.
If you want to find the Colonel,
I know where he is,
He's sitting in comfort stuffing his bloody gut
I saw him, I saw him
Sitting in comfort stuffing his bloody gut *(bis)*

3. If you want to find the Sergeant,
I know where he is, I know where he is,
I know where he is
If you want to find the Sergeant,
I know where he is
He's drinking all the company rum.
I saw him, I saw him
Drinking all the company rum *(bis)*

4. If you want to find the Private,
I know where he is, I know where he is,
I know where he is,
If you want to find the Private
I know where he is
He's hanging on the old barbed wire
I saw him, I saw him,
Hanging on the old barbed wire *(bis)*

¡ADIÓS, BROUTILLE!

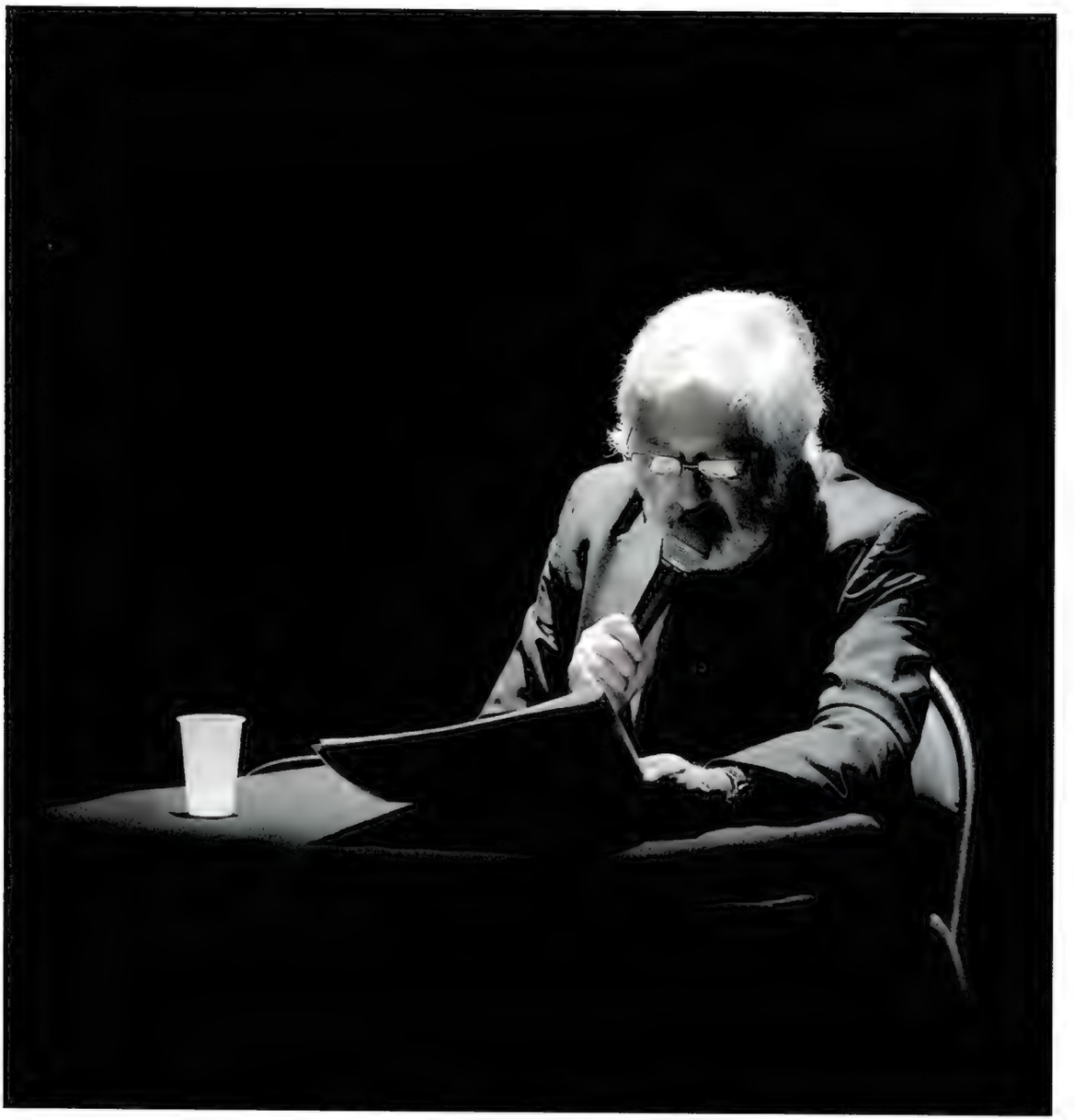
Texto de TARDI

El aire estaba envenenado por el gas mostaza, la tierra temblaba, los cadáveres de la víspera se apilaban en los árboles mutilados y los gritos de dolor de los hombres se perdían en el fragor de la batalla.

Augustin, herido, se había refugiado en el fondo fangoso de un agujero... De repente vio a «Broutille el Anguila», el camillero, dirigirse hacia él, corriendo hacia su agujero.

«¡Voy por ti, chaval!», le dijo. «¡Tranquilo, que de esta te salvas! Venga, vamos pallá... Estarás contento, Augustin, pa ti se acabó la puta guerra... ¡Ahora volverás a París!».

A Augustin aún le dio tiempo a ver cómo el bueno de Branco Broutille caía a su lado, con una sonrisa en los labios y un poco de sangre en los dientes.



LE DERNIER ASSAUT

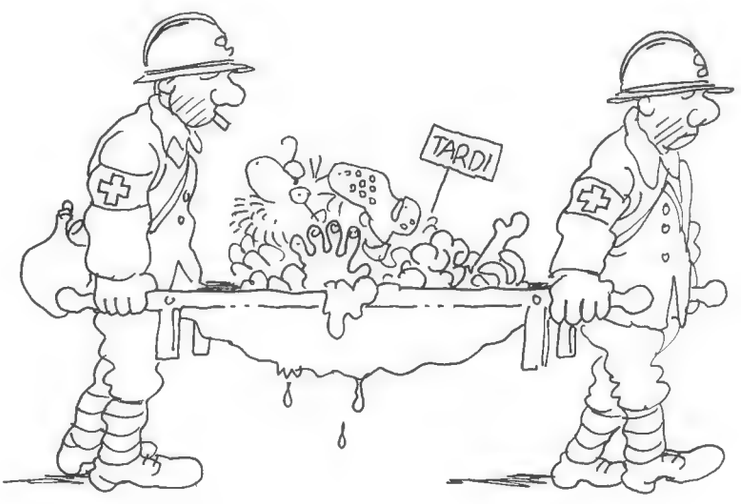
Música y letra de Dominique GRANGE

1. On l'appelait Branco Broutille
Ce brancardier du régiment
Qui s'faufilait comme une anguille
Entre les morts et les mourants.
Quand parmi les corps démembrés,
Les crânes explosés, les viscères,
Broutille recherchait les blessés,
Serrant contre lui sa civière…
Il leur criait : « On vient, petit ! »
Pour adoucir leur agonie,
Mais les larmes lui montaient aux yeux,
C'est pas beau la guerre, nom de Dieu !
Mais les larmes lui montaient aux yeux…
… C'est pas beau la guerre…

2. Toujours dispo, toujours souriant
Broutille n'avait pas son pareil
Pour repérer les survivants,
Même sous des pluies torrentielles.
Scrutant l'no man's land dans la nuit,
Il accourait au moindre cri,
Et lorsqu'il en découvrait un
Tenant ses entrailles dans ses mains…
Il mettait toute son énergie
A le ram'ner encore en vie,
Tout sanglant dans son grimpant bleu,
C'est pas beau la guerre, nom de Dieu !
Tout sanglant dans son grimpant bleu…
… C'est pas beau la guerre…

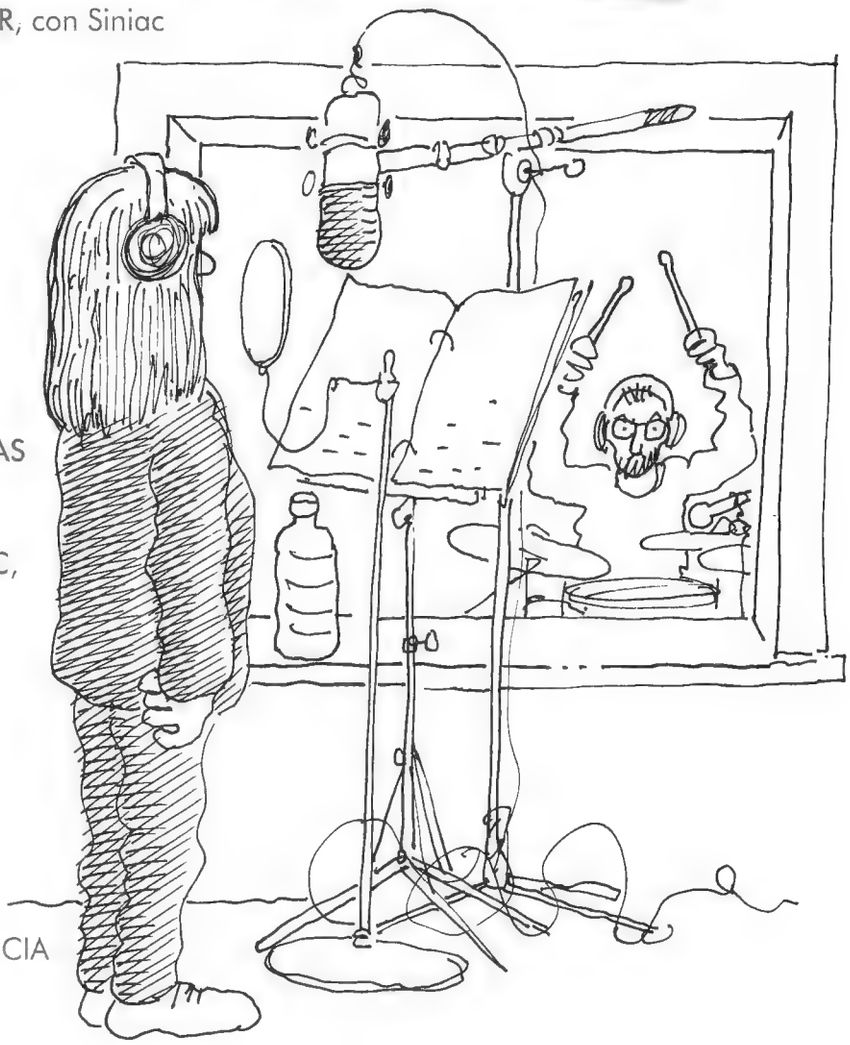
3. Un jour qu'une offensive a fait
Des milliers d'morts, côté français,
Les brancos se sont abrités
Dans une cagna, à proximité
Quand a cessé la canonnade,
Broutille est sorti de son trou,
Pataugeant dans l'sang et la boue,
Au secours de ses camarades
Mais il s'est relevé trop tôt,
Un tir de ce dernier assaut
L'a couché juste à côté d'eux,
C'est pas beau la guerre, nom de Dieu !
L'a couché juste à côté d'eux…
… C'est pas beau la guerre…

Qui c'est qui va pleurer Broutille,
Un p'tit gars qui avait pas d'famille,
Qui voulait pas porter les armes…
Qui c'est qui va verser des larmes ?
… C'est pas beau la guerre !



DEL MISMO AUTOR

- ¡PUTA GUERRA!, con Verney
- LA GUERRA DE LAS TRINCHERAS
- BALADA DE LA COSTA OESTE, con Manchette
- CALLE DE LA ESTACIÓN, con Malet
- CUERPO A TIERRA, con Manchette
- EL GRITO DEL PUEBLO, con Vautrin
  - Tomo 1 – LOS CAÑONES DEL 18 DE MARZO
  - Tomo 2 – A ESPERANZA ASESINADA
  - Tomo 3 – LAS HORAS SANGRIENTAS
  - Tomo 4 – EL TESTAMENTO DE LAS RUINAS
- EL GRITO DEL PUEBLO (Ed. Integral)
- EL SECRETO DEL ESTRANGULADOR, con Siniac
- ICI MÊME, con Forest
- JUEGOS PARA MORIR
- LA LOCA DEL LABERINTO, con Manchette
- LA PATADA, con Pennac
- LAS EXTRAORDINARIAS AVENTURAS DE ADÈLE BLANC-SEC, 1, 2 Y 3
- NIEBLA EN EL PUENTE DE TOLBIAC, con Malet
- REYERTA EN LA FERIA, con Malet
- UNA RESACA DE CUIDADO, con Malet
- YO, RENÉ TARDÍ. PRISIONERO DE GUERRA EN STALAG IIB
  - Tomo 2 – MI REGRESO A FRANCIA



DOMINIQUE GRANGE · ACCORDZÉÂM · TARDI

LE DERNIER ASSAUT

casterman

DOMINIQUE GRANGE · ACCORDZÉÂM · TARDI

LE DERNIER ASSAUT

1 - **PETITS MORTS DU MOIS D'AOÛT** (Dominique Grange) 4'28
2 - **COMBATTANTS POIDS COQ** (Texte Tardi) 1'50
3 - **LA COMPLAINTE DES BANTAMS** (Dominique Grange) 4'29
4 - **LAISSE-MOI PASSER, SENTINELLE!** (D. Grange / Ph. Mira) 4'57
5 - **DIE LEGENDE VOM TOTEN SOLDATEN** (Bertolt Brecht) 5'07
6 - **DES HAUTS DEBATS** (Michaël Bideault) 5'57
7 - **HAPPY BIRTHDAY, WILLIE!** (Texte Tardi) 1'20
8 - **NO MAN'S LAND** (Eric Bogle) 5'43
9 - **O GORIZIA** (Anonyme 1916) 4'00
10 - **AU RAVIN DES ENFANTS PERDUS** - Chanson pour Vauquois (D. Grange) 4'26
11 - **HANGING ON THE OLD BARBED WIRE** (Anonyme) 3'03
12 - **ADIEU, BROUTILLE!** (Texte Tardi) 0'56
13 - **LE DERNIER ASSAUT** (Dominique Grange) 3'56
14 - **NATZURKA** (Nathanaël Malnoury) 5'34

ACCORDZÉÂM : Michaël Bideault (accordéon), **Franck Chenal** (batterie, percussions), **Raphaël Maillet** (violon, mandoline), **Jonathan Malnoury** (guitare, hautbois) et **Nathanaël Malnoury** (contrebasse).

Voix lead : **Dominique Grange** – Voix parlée : **Tardi** – Chœurs : **Accordzéâm** – Voix d'enfant (Le Dernier Assaut) : **Margaux Bideault**

Dessin de la pochette : **Tardi**

Enregistré à Paris au **Studio 180** – Prise de son : **Nico Garin** – Post-production et mixage : **Jonathan Malnoury**

Mastering : **Benjamin Joubert** – Production : Juste Une Trace (AMOC)

© 2016 Juste Une Trace. TOUS DROITS DU PRODUCTEUR PHONOGRAPHIQUE ET DU PROPRIÉTAIRE DE L'ŒUVRE ENREGISTRÉE RÉSERVÉS. SAUF AUTORISATION, LA DUPLICATION, LA LOCATION, LE PRÊT, L'UTILISATION DE CE DISQUE POUR EXÉCUTION PUBLIQUE ET RADIODIFFUSION SONT INTERDITS. CE CD NE PEUT ÊTRE VENDU SÉPARÉMENT.

En ambos bandos, unos hombres agotados, enterrados en agujeros cavados por ellos mismos y que serán sus tumbas, se esmeran en matarse unos a otros... ¡No hay peor guerra que una guerra de trincheras que se eterniza!

NORMA Editorial

ISBN 978-84-679-2525-8

www.NormaEditorial.com

14
CRG
2003-2017
ANIVERSARIO